

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la hora de los muertos

alf regaldie



Yo terminaba de salir de la ducha y estaba a medio vestir cuando oí que llamaban Insistentemente a la puerta de mi apartamento.

No estaba citado con nadie. Y deseaba descansar, relajarme, tras un día de trabajo que había sido más bien duro.

Dispuesto a no permitir que nadie me fastidiase, terminé de peinarme.

Insistían en la llamada.



Alf Regaldie

La hora de los muertos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1369

ePub r1.1

Lds 13.10.18

Título original: *La hora de los muertos*

Alf Regaldie, 1976

Cubierta: Jorge Sempere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Yo terminaba de salir de la ducha y estaba a medio vestir cuando oí que llamaban Insistentemente a la puerta de mi apartamento.

No estaba citado con nadie. Y deseaba descansar, relajarme, tras un día de trabajo que había sido más bien duro.

Dispuesto a no permitir que nadie me fastidiase, terminé de peinarme.

Insistían en la llamada.

Y al fin llegó a mis oídos una voz juvenil, femenina, bastante bien conocida:

—¡Abre, Jerry! ¡Sé que estás ahí! ¡Soy Connie!

No había duda que me llamaba a mí, aunque los Jerry abundan. Y también las Connie; pero yo conocía a aquella Connie.

No obstante, decidí no darme por enterado.

Pero Connie era terca; e insistió.

Me encogí de hombros y comencé a vestir mi camisa.

—¡Han secuestrado a Lionel Morton, pedazo de bruto! —gritó Connie en el colmo del enfado.

Aquello de «pedazo de bruto» no me impresionó. Estaba habituado. Me lo llamaba con frecuencia cuando me decidía a no hacerle caso; y esto sucedía con cierta frecuencia.

Lo que me hizo saltar fue lo otro: sí, lo del secuestro de Lionel Morton. Hasta el punto de que pensé que muy bien podía ser una añagaza de Connie para que le abriese la puerta.

Pero no. Connie no era capaz de tal cosa. Y corrí a la puerta para abrir en el momento en que ella había dado ya media vuelta dispuesta a largarse.

Comprendí inmediatamente que la noticia era cierta.

—¿Adónde ibas? —pregunté.

—¡Al fin te has decidido! Iba a llamarte por teléfono. O a buscar un *bazooka* para abrir la puerta, no lo sé cierto aún.

—Estaba en la ducha cuando has llamado la primera vez... Pasa.

Ella no había necesitado mi permiso. Había entrado ya y se disponía a cerrar la puerta. Connie se apresuró a explicar:

—Creo que he logrado despistarlos. Pero dos de los secuestradores me han seguido.

—¿Es que pretendían secuestrarte también a ti? —pregunté con leve ironía.

—Soy testigo del secuestro. La única. Los he visto y ellos lo saben.

—Eso cambia las cosas.

Cuidando de no dejarme sorprender, abrí de improviso y me asomé. No había nadie en el pasillo.

Volví a cerrar a la vez que decía:

—Tranquila. Nadie. —Luego pregunté—: ¿En dónde ha sido?

—A la altura de la calle Ochenta y dos, cerca del Metropolitan Museum.

—¿Y qué diablos se le había perdido por allí a Lionel? —pregunté con muestras de irritación.

Connie sonrió, dando la impresión de que se burlaba de mí. Y dijo tranquilamente:

—No sé. Iba con esa rubia tan sofisticada que tenéis en vuestro laboratorio o lo que sea... Sí, a veces ha salido contigo, no te hagas de nuevas. Y la he visto más de una vez con Mark Murray, vuestro jefe.

—Tiene derecho a salir con quien quiera.

—No la critico. Concreto.

—Las periodistas metéis las narices en todo. En lo que os importa y en lo que no os importa.

—Hay que informar —dijo con sencillez—. Y si no te enteras de lo que sucede, no puedes informar.

La vida privada nos pertenece, ¿no?

—A veces, sí. Y si no, pregúntaselo a la CIA, o al FBI. ¿No tendrás por ahí algún micrófono oculto?

Di un respingo. Aquello que señalaba Connie, tal como se habían puesto las cosas, cabía dentro de lo posible. Porque la CIA y el FBI eran una plaga peor que los periodistas. Que ya es decir.

Sin embargo, me mostré indiferente; y dije:

—Pues si me han colocado micrófonos, me servirá para desahogarme.

Y a continuación solté unos cuantos tacos poniendo verdes a los de la CIA y a los otros.

Y tanto unos como otros son para la libertad como la langosta para un campo de trigo.

Connie preguntó:

—¿Es que no vas a hacer nada?

—Sí. Me voy a vestir. ¿Has dado cuenta a la policía?

—He venido más que deprisa. He pensado que tú sabrías mejor que yo lo que se debe hacer en un caso así. Además, recuerda. Me han perseguido.

Mientras terminaba de hablar se acercó a mí y comenzó a abrocharme los botones de la camisa.

Y se aprovechó para hacerme cosquillas, primero; y abrazarme después.

La dejé hacer. Porque estaba fastidiado. Y porque la chica está como para no despreciarla, aunque yo, hasta entonces, no le había hecho caso.

Connie, después de abrazarme y hacerme sentir la tibieza de su cuerpo, comenzó a desabrocharme la camisa que terminaba de abrochar.

Las chicas son así de incongruentes.

Yo pensé que se trataba de un nuevo pasatiempo. Sí, a base de botones.

El juego prosiguió, en competencia para ver quién manipulaba los botoncitos con mayor rapidez. Algo así como una prueba contra reloj.

Entonces me acordé de que Lionel Morton había sido secuestrado y que tal vez corría peligro su vida.

Pero reaccioné pensando: «¡Al diablo con todo! Ya veré lo que puedo hacer luego que termine el juegucito».

Connie sonrió. Yo me preocupaba por su ropita, mientras ella se preocupaba por la mía.

Pero en aquel momento sonó el timbre de la puerta, pulsado de manera apremiante.

Me dejó frío. Era como el gong que pone fin al asalto; tal vez al

encuentro.

Connie y yo nos miramos. Ella no parecía dispuesta a retroceder. Pero insistían en la llamada y consideré que no debía desoírla.

Señalé para la puerta de mi alcoba. E hice comprender a la pelirroja que debía esconderse en ella.

Mientras Connie, resignada, se esfumaba, yo me dirigí hacia la puerta preguntando:

—¿Quién es?

No había terminado de formular mi pregunta cuándo dijeron con angustiada expresión:

—¡Abre, Jerry, deprisa! ¡Soy yo, Alice!

La voz era hartó conocida.

Alice Clarks era compañera de trabajo, ayudante, como yo, de Lionel Morton.

Sí, se trataba de la sugestiva rubia a quien Connie había mencionado, la que iba con Lionel en el momento en que, según las referencias recibidas, había sido secuestrado.

Me apresuré a abrir sin tomar precaución alguna, lo cual no fue nada prudente por mi parte.

Afortunadamente la rubia estaba sola; si la habían seguido los pandilleros, «ellos» no habían asomado aún.

—¡Vamos, pasa! —apremié.

Me había bastado una ojeada para darme cuenta de que Alice había sido maltratada.

La tomé de una muñeca, la hice entrar y cerré a continuación.

Una vez dentro ella se me atarazó fuertemente a la vez que se lamentaba:

—Ha sido terrible, terrible...

—Pero ¿qué le han hecho?

—¿Es que lo sabes? Lo han secuestrado. Pero ¿cómo...?

—Me han telefoneado... —mentí—. Y me disponía a salir.

Alice era tan atractiva como Connie. Lo digo, aunque las comparaciones son odiosas.

Y me costó despegármela, no sólo por la fuerza con que se abrazaba, sino porque después del fracaso con la pelirroja, la rubia me hacía vivir emociones inefables.

Sin embargo, logré imponerme y la separé.

Se cubría con un fino abrigo, el cual abrió. Pude ver entonces

que casi le habían arrancado el traje.

En cuanto a su rostro, ofrecía algunas señales de violencia.

—Menos mal que llevaba esto —dije, mostrando el fino abrigo.

La hice sentar y le ofrecí un cigarrillo.

Cuando le alargué el encendedor para que prendiese fuego, parecía tranquila, segura, había logrado dominarse.

—Un trago; y ahora me lo contarás todo —dije.

Yo también necesitaba el trago.

Sentía por Connie el que la visita de Alice se podía prolongar. Pero en el peor de los casos la pelirroja podía salir y tomar parte en la conversación.

Serví sendas generosas raciones de *whisky* con hielo. Yo sabía perfectamente cómo le gustaba a la rubia, la cual al tomar el vaso cruzó sus piernas y me miró a los ojos.

Había picardía en su expresión.

—Estás alterado —dijo.

Me pareció que olfateaba, como si tratase de captar el perfume de Connie que, aunque discreto, había quedado en el ambiente.

—La noticia no ha sido agradable. Terminaba de salir de la ducha... —expliqué.

Y comencé a vestir de nuevo la camisa.

El gesto de Alice se había tomado inquisitivo cuando preguntó al cabo:

—¿Quién te ha telefoneado?

—Sargent. La casualidad le había llevado por allí.

La pregunta me había encontrado preparado. Y mentí tranquilamente puesto que Alice no tenía demasiadas probabilidades de ver al tal Sargent, técnico mecánico y colaborador nuestro.

—¿Qué te ha dicho?

—Que os habían atacado y se habían llevado a ambos.

—Yo pude escapar...

—Eso he comprendido.

—Ha sido porque ellos vieron a alguien; y dos de los secuestradores se lanzaron en su persecución. Pero no creo que fuese a Sargent, sino a una chica.

—Cabe dentro de lo posible —dije sin querer comprometerme. Seguidamente le pregunté—: ¿Cómo has logrado escapar? Sargent

no me ha dicho nada.

—Logré arrojar me del coche en marcha. Aproveché cuando dos de ellos saltaron para perseguir a esa chica.

—¿Y no te persiguieron a ti?

—Habrían tenido que soltar a Lionel, aunque estaba algo aturrido por un golpe. Les dejé una parte de mi vestido entre sus manos.

Se despojó del abrigo para que me diese cuenta del desaguisado. Lo hizo de forma que parecía una invitación para que terminase de despojarla del vestido.

Me habría gustado, pero Connie no merecía aquello.

Y menos en sus mismas narices.

Pedí detalles de cómo había sucedido todo. La verdad es que la historia de Alice no me resultó muy convincente.

Ella lo comprendió así y dijo:

—Me he llevado un susto terrible y prácticamente no pensé más que en huir. No pude hacer nada por él. Y no me he sentido tranquila hasta encontrarme a tu lado.

—Gracias. Vamos a ir a la policía.

—Esos indeseables dijeron que si intervenía la policía matarían a Lionel.

—¿Por qué crees que lo han secuestrado? ¿Piensan pedir un rescate? Lionel es pobre. Y no creo que nuestra empresa pague...

—De todas formas, preferiría que te hicieses cargo tú del asunto.

—No tengo ni idea de cómo se trabaja en esas cuestiones.

—Fuiste ayudante de un detective privado, ¿no?

—A pesar de ello... Está bien, me haré cargo del asunto —aceptó al notar su expresión—. Pero daremos cuenta a la policía de lo sucedido. Les pediré que sean discretos. Y por tu parte no se debe hacer el menor comentario de que voy a intervenir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—No lo debes decir ni siquiera al jefe. Y no es que tenga nada contra él, comprende. —Como quieras.

Terminé de vestirme mientras ambos apurábamos el *whisky*. Antes de salir entré en mi alcoba para pedir a Connie que me esperase.

Aceptó la idea con una sonrisa. Se había acostado en mi cama.

CAPÍTULO II

La historia que Alice refirió a la policía se ajustó bastante a la que me había contado a mí. Aunque procuró darle mayor concreción.

Sin embargo, se perdió cuando pretendió dar las señas personales de los secuestradores.

Pero quedó de acuerdo con el teniente Rogers, de la policía, para ir a la mañana siguiente a echar un vistazo a unas fotografías que le tendrían preparadas.

Rogers estaba seguro de que el FBI pretendería hacerse cargo del asunto, pero decidió comenzar su trabajo.

Yo pensé que lo hacía más por mantenerse en contacto con la atractiva Alice, que por desentrañar un caso que aparecía demasiado complejo.

La imponente rubia trató de seguir conmigo. Eso era algo que no convenía a mis planes.

Y, hábilmente, logré que Rogers se interesara por ella lo suficiente como para decidirse a acompañarla so pretexto de darle protección ya que, según hice notar, Alice corría peligro si se tenía en cuenta que era la única testigo, capaz de identificar a los secuestradores.

Porque yo me había reservado para mí la baza que significaba Connie, auténtico testigo en quien poder confiar. Aunque la atractiva pelirroja parecía no tener una idea muy clara sobre las señas personales de los fulanos que habían cometido el criminal hecho.

Decidí regresar a mi apartamento tan pronto dejé a la rubia con el teniente Rogers.

Una vez solo comencé a reconsiderar la situación. Y experimenté no poca preocupación.

Después de todo lo que había escuchado, de lo que se había hablado, me dominaba la sensación de que el caso en que me veía inmerso era complejo, muy complejo.

Sobre todo, experimentaba fundado temor: La vida de mi amigo Lionel Morton corría peligro. ¿O no?

Me sentí perplejo.

Porque una de las cosas que Alice no había sido capaz de explicar a mi satisfacción, era el hecho de que fuesen por el lugar en donde Lionel había sido secuestrado. Porque ni hecho adrede habría podido salir mejor para los secuestradores.

Las respuestas de la rubia habían sido ambiguas, queriendo dar a entender que si habían elegido aquella zona era con el propósito de «divertirse» en algún lugar en donde no fuesen reconocidos con facilidad.

¡Como si tuviesen que esconderse de alguien! Ni siquiera de la curiosidad periodística, pues Lionel no era aún lo suficientemente conocido como para que sus idilios pudiesen despertar el interés de la masa que lee esa clase de periódicos que se ocupan de los lances del amor.

En cuanto a Alice, ¿qué les voy a decir que no puedan imaginar ustedes?

El recuerdo de Alice me trajo el de Connie, que debería estar esperándome.

Decidí que debía comenzar a ser precavido por aquello de que, «cuando las barbas de tu vecino veas afeitar, pon las tuyas a remojar».

En mi mente iba teniendo claro que a Lionel no lo habían secuestrado para sacar un rescate. Ni Lionel ni su familia habrían podido pagarlo.

En cuanto a la industria para la cual investigábamos, no creo que diese un centavo en tal sentido.

Y si habían secuestrado a Lionel para arrancarle datos referentes a nuestra investigación, debía considerar que yo, su más inmediato colaborador, corría también peligro.

Considerado todo aquello, llamé por teléfono a mi apartamento.

No tardó en responder Connie a mi llamada. Y me di a conocer.

—¿Todo bien? —pregunté.

Pareció asombrada.

—¿Y por qué no había de ir bien? Me tienes frita esperándote...

—Pues estarás muy sabrosa. Aunque me gustas más cruda...

Rió alegremente. Y dijo:

—No tardes.

—Voy inmediatamente.

Colgué el tubo telefónico. Por el momento no tenía «visita» en mi apartamento.

Antes de entrar en el edificio, di una vuelta completa a la manzana tratando de saber si me aguardaban. O si me espiaban.

No pude observar nada que resultase inquietante.

Y al fin me decidí a subir.

Sin embargo, yo seguía desconfiando. Y subí en el ascensor hasta una planta más arriba de aquélla en que se hallaba mi apartamento.

Y luego descendí silenciosamente por la escalera.

Nada sospechoso, por el momento.

Saqué el llavero sin el mínimo ruido, y cuando me disponía a introducir el llavín en la cerradura, me pareció percibir una especie de leve bufido en mi apartamento.

Quedé en tensa espera.

Se escuchó a continuación el ruido de un cacharro que se rompía contra el suelo.

Aquello me decidió a cambiar de lugar para entrar en mi apartamento.

Era cuestión de prolongar la entrada unos minutos y de correr unos mínimos riesgos.

Todo ello quedó suficientemente compensado porque caí como una especie de vendaval sobre tres fulanos que habían invadido mi apartamento y habían apresado a Connie, tratándola desconsideradamente.

Cuando ellos se dieron cuenta de mi presencia, ya silbaba en el aire mi puño derecho, el cual alcanzó de lleno en la barbilla a un fulano que giró al percibir algo extraño a sus espaldas.

Se escuchó un crujir de huesos y el hombre salió lanzado contra uno de sus compinches.

Éste, armado de una pistola, y que asimismo me había visto, se había adelantado para hacer fuego.

Y disparó justo en el instante en que su compinche se le iba encima a causa del trallazo que yo le había soltado.

Se estremeció el zurrado pandillero, el cual embarcó la bala que su compinche me había destinado.

Por su parte, el que había disparado fue desplazado por el herido y ambos cayeron al suelo de manera aparatosa, tratando el de la pistola de librarse de su molesta compañía.

Para entonces yo lanzaba ya una de las sillas contra la cabeza del otro fulano que se hallaba junto a Connie, sujetándola.

El tipo se estremeció como si hubiese sido víctima de una descarga eléctrica, puso los ojos en blanco y comenzó a caer blandamente, manando sangre en abundancia por la brecha que le había abierto en la cabeza.

No obstante, quedaba el de la pistola, que no había perdido el arma y que recobraba ya el equilibrio.

Cuando vi que intentaba encañonarme, decidí que debía jugarle el todo por el todo.

Y salté como un felino tratando de situarme por debajo de la línea de tiro.

Connie gritó asustada, temiendo lo peor.

Se produjo el disparo y percibí el airecillo de la bala ligeramente por encima de mi cabeza.

Y ésta fue a chocar contra el rostro de mi enemigo, el cual acusó con un gemido terrible el golpe; porque yo tengo la cabeza dura, muy dura.

A pesar del dolor que le había producido el cabezazo, trató el pandillero de contragolpear.

Frené su acción y golpeé yo de nuevo, aplicándole el canto de mi mano derecha a su entrecejo.

Emitió el hombre una especie de sordo gruñido, relajó los músculos, y quedó tendido en el suelo con los brazos en cruz, mirando de manera persistente la lámpara del techo. Aunque no la veía porque el hombre había quedado inconsciente.

Tomé la pistola que el fulano había dejado escapar y que estaba provista de silenciador.

Y me dirigí al fulano que había recibido el silletazo. El hombre comenzaba a moverse.

Seguía sangrando. Y me miró con expresión que reflejaba estupor, como si se hubiese dado cuenta ya de cómo habían sido arrollados los tres.

Connie, a la que habían intentado amarrar a una silla sin terminar de lograrlo, se había puesto en pie.

Y se dirigió precisamente al del silletazo.

—Si no fuese porque no soy capaz de ensañarme con nadie, a este fulano le iba yo a hacer tragar algo que se le indigestase.

—¿Cómo qué? —pregunté yo.

—Una de sus botas. Me ha golpeado con ella en cierto sitio —dijo la pelirroja, rascándose una de sus nalgas.

—¿Cómo han entrado aquí?

—Aún no lo sé. Yo estaba en la cocina terminando de preparar una frugal cena para cuando llegaras. Es lo que estaba haciendo cuando has llamado. Y me sorprendieron... —Señaló luego al último que yo había dejado fuera de combate, y le acusó—: Aquél estuvo guarreando en la cena, comiéndose una parte de ella.

—Peor para él. Tendrá que pagar lo que ha estropeado —dije con auténtica flemma.

Me habría gustado interrogar a aquellos fulanos. Pero estaba seguro de que iba a ser difícil arrancarles una sola palabra que ofreciese interés.

Y me sucede lo mismo que a Connie. No soy capaz de ensañarme con nadie, de maltratar a una persona.

Así es que tomé el teléfono y llamé a la policía.

Me atendió un sargento al cual conocía yo. Y me puso en contacto con el teniente Rogers, el cual había regresado tras dejar a Alice en su apartamento.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—He capturado tres pandilleros. Allanamiento de morada, maltrato a la persona que han encontrado en ella... ¿Es suficiente para que se los lleve? —pregunté.

—Me los llevaré con mucho gusto. ¿Qué pretendían?

—Capturarme, a lo que parece. No les he preguntado, porque supongo que tendría que aplicarles el tercer grado para que hablasen. Y no me va.

—Hace bien.

—Puede enviar una ambulancia. Dos de ellos están heridos. Uno con herida de bala. No he sido yo, sino su compinche.

Explicué a grandes rasgos lo que había sido la corta lucha.

Rogers, rebosante de satisfacción por aquel servicio que le

brindaba, dijo:

—Voy enseguida y llevaré lo necesario. A ese individuo que ha hecho uso de arma de fuego, se le va a caer el pelo...

—Le cayó hace algún tiempo. Está totalmente calvo —bromeé.

Era cierto. Y Rogers rió alegremente volviendo a repetir que llegaría enseguida.

Me volví a Connie, la cual estaba radiante de alegría. Se había repuesto del susto.

Abrí los brazos a la vez que decía:

—Al fin, solos...

Para mí aquellas tres ratas no eran gente.

La pelirroja y yo nos abrazamos estrechamente. Era un adelanto de lo que debía venir más tarde.

Pero, no por abrazar a Connie me desentendí de los tres granujas, aunque ellos no estaban en condiciones de molestar de manera eficaz.

Culebreó Connie ligeramente mientras la estrechaba entre mis brazos. Y me estremecí ante la promesa silenciosa de lo que podía ser nuestro futuro inmediato.

Uno de los granujas nos miró con expresión iracunda y dijo:

—¿No pueden dejar eso para luego?

La pelirroja se soltó y fue a él dando la sensación de que estaba auténticamente enfadada.

—Sucia cucaracha. Cuando te considerabas el «amo» me dijiste algo bastante feo, ¿no? Pues cierra el pico no sea que me enfade. — Volvió a abrazarme cariñosamente a la vez que lamentaba—: Nos han estropeado la cena...

—No te preocupes. Cenaremos fuera y estarás más descansada —prometí.

Poco después llegaba el teniente Rogers con su equipo de ayudantes.

Un sanitario se hizo cargo de los heridos, ocupándose preferentemente del que había recibido el balazo que me habían destinado a mí.

—Ha tenido suerte. Un poco más hacia el centro y ahora sería cadáver.

—Lo será más pronto o más tarde. Más bien pronto —dije yo, tratando de que aquellos fulanos comprendiesen que no debían

volver a ponerse en mi camino.

—¿Qué pretende esta gente? —preguntó Rogers.

—Para mí está claro que ya no se trata de un rescate —respondí.

—¿Entonces?

—Morton y yo estamos trabajando en algo que tiene mucho valor. Con ello se podrán evitar desgracias, como son choques ferroviarios, de aviones... Desgraciadamente tiene también aplicación bélica.

—Entiendo. Pretenden robarles su secreto. Porque será secreto aún, ¿no?

—Sí, totalmente secreto. Tanto, que Morton sin mí no puede hacer nada; y yo, sin su concurso, tampoco... Ni siquiera con ayuda de los planos y estudios que hay realizados.

—Añora lo comprendo. ¿Cree que debo pasar el asunto al FBI?

—Eso es cosa suya, Rogers. Por el momento no han pedido nada. Interrumpió la conversación una llamada telefónica.

Y me dispuse a tomar el tubo del microauricular.

CAPÍTULO III

No me sorprendió la llamada. Se trataba de Mark Murray.

Centro de la importante empresa en que trabajábamos Lionel y yo, Murray, uno de sus principales accionistas, era una especie de *manager* o gerente de la sección dedicada a la investigación.

Lionel y yo, para hablar de nuestra sección, la llamábamos el «Ala Virginia». Sí, una especie de nombre clave en recuerdo a una sensacional y arisca morena que había trabajado con nosotros.

Murray preguntó:

—¿Hayden?

—El mismo. Parece usted excitado.

—Creo que no hay para menos. Y usted lo sabe.

—¿De qué se trata?

—¡Del secuestro de Lionel Morton, diablos! —chilló Murray.

Me gustaba sentirlo enfadado.

—¿Está la rubia ahí, con usted? —pregunté.

Sí, era una falta de respeto. Pero la gente cuando pierde el dominio de sí dice más cosas de las que quisiera.

—¡Le llamo desde mi casa! —gritó.

—Va a estropear el micro. Chilla demasiado, señor Murray.

—Usted me fastidia, me saca de quicio...

—Tranquilo. ¿Cómo se ha enterado?

—Primero me llamó la señorita Clarks por teléfono. No se atrevía a salir de su apartamento... Y luego me han llamado unos desconocidos...

—¡Vaya! Ya salió aquello. ¿Qué querían?

A un gesto mío, tanto el teniente Rogers como Connie se habían acercado a escuchar.

—¿Qué diablos iban a querer? ¡Pasta! Es lo que han dicho. En

esa misma palabra.

—¿Y por qué no se la piden a la familia de Lionel? ¿O es que usted lo ha prohijado? —pregunté yo.

—La familia de Lionel no tiene un centavo. Lionel nos interesa a nosotros. Por eso nos piden el rescate a nosotros.

—Ahora es cuando lo tengo claro. ¿Y cuánto piden?

—¿Es que lo toma usted a broma, Hayden?

—Ni mucho menos. Es que, como han intentado secuestrarme, y lo volverán a intentar, quiero preparar a mi familia. Porque usted no estará dispuesto a soltar un centavo.

—¡Claro que no! Bueno, no es cosa personal, comprenda, Hayden. Pero si soltamos los dólares ahora, no vamos a poder vivir tranquilos.

—Es lo que pienso yo también. Si cedemos, tras un secuestro vendrá otro y otro...

—Exactamente; lo malo es que amenazan con matarlo si no pagamos. Y harán lo mismo si avisamos a la policía.

—Pues no avise a la policía. Y ya estudiarán ustedes lo otro.

—¿Cuál es su opinión? Usted es su más íntimo colaborador, su amigo.

—No debo opinar. Yo soy parte. Ya le he dicho que han intentado secuestrarme.

—¿Y qué ha sucedido?

—Les he dado más de lo que han querido. Y no «pasta» precisamente —respondió en tono humorístico.

—¿Quiere decir que les ha zurrado?

—Dos heridos, uno de ellos grave. Y los tres están ya en manos de la policía.

—¡Pero eso es terrible! ¿Ha dicho algo de lo de Morton?

—¡Claro que sí! No me gustan los tapujos, señor Murray.

—Espero que ellos no se enteren. De lo contrario...

—De todas formas lo van a matar. Nuestra empresa no estará dispuesta a pagar.

Recibí la sensación de que Murray vacilaba antes de responder:

—Bueno. Eso es una impresión personal mía. En definitiva, quienes deben decidir son los componentes del Consejo de Administración de la empresa.

—¿Los ha convocado ya?

—No he hecho nada aún.

—Pues no pierda el tiempo. Y sean discretos —recomendé.

—Usted no lo ha sido —me recriminó.

—La policía sabe ser discreta. Y sabe también cómo debe tratar estas cosas. —Iba a colgar, pero se me ocurrió decir aún—: ¡Ah! Y si ve a Alice, o vuelve a hablar con ella, recomíendele silencio. Yo lo hice, pero ya conoce usted a las mujeres...

—¿Y qué diablos le hace suponer que yo la veré...? —chilló, irritado.

Bajé la voz para decir:

—Bien. No es la primera vez que sale usted con ella. Y no es que le haga chantaje. No es lo mío —dije en tono frívolo.

Le oí resoplar. Pero guardó silencio.

Y yo volví a colgar el tubo del microauricular.

Me volví a mirar a Connie y a Rogers.

La primera sonreía. El teniente Rogers se mantenía silencioso, en actitud de reflexionar.

Se disponían a llevarse ya a los tres pandilleros. Pero yo pedí:

—Un momento, por favor.

—¿Qué desea? —preguntó Rogers, sorprendido.

—Han estropeado mi cena, ensuciado dos cortinas y una alfombra... Se ha roto una silla. Y todo eso vale dinero. Tienen que pagar antes de marcharse.

Recibí la impresión de que al teniente le daba un ataque de risa.

Me dirigí al individuo en cuya cabeza había roto el mueble.

—Paga lo tuyo... —le exigí.

El fulano abonó sin protestar lo que le pedí por el mueble.

Dejé tranquilo al herido de bala; pero el otro hubo de pagar por los dos.

—Así aprenderéis a comportaros en casa ajena, muchachos —dije como final.

Salieron todos, cerré la puerta.

Y Connie y yo volvimos a abrazarnos estrechamente.

La pelirroja rompió a reír de pronto.

—¿Qué te sucede? —preguté.

—Resultas sorprendente, un fuera de serie.

Palmoteé en su curvilínea anatomía y dije:

—Tú sí que eres una fuera de serie.

Recomencé inmediatamente el juego de los botones que había interrumpido Alice.

En aquella ocasión no pareció que Connie estuviera dispuesta a cooperar, pues ella protestó diciendo:

—Nuestra cena...

—¡Al diablo la cena! Saldremos a cenar luego.

—También tienes razón.

Antes de tomar a Connie en brazos desconecté el timbre de la puerta y descolgué el teléfono.

Connie echó a correr, pero lo hacía sin convicción y yo la alcancé en la misma puerta.

Le hice un placaje de piernas y rodamos al suelo entre risas y protestas. Bueno, ya me entienden.

* * *

Posteriormente salimos a cenar, fuimos a bailar, nos divertimos. No piensen que soy un inconsciente, nada de eso.

Yo estaba seguro de que no asesinarían a Lionel. Tanto él como yo éramos necesarios a aquéllos para quienes los secuestradores trabajaban.

Y por mi parte necesitaba tiempo para reflexionar, para ordenar mis planes y atacar con eficacia.

Porque la verdad era que no confiaba ni en la policía ni en el FBI.

Ellos, lo más que podían, era atraer la atención de la criminal organización.

O complicar las cosas, si se empeñaban en callar demasiado.

Y por lo mismo, yo no podía fallar.

Connie y yo nos retiramos pronto. Aunque antes la pelirroja pasó por el periódico para el cual trabajaba, dejando en él para su publicación lo que había escrito de acuerdo conmigo.

Sí, refiriéndonos al encuentro de que Morton había sido víctima.

Aquello iba a desconcertar un poco a los secuestradores. Era lo que yo pretendía en principio.

Como medida de precaución me quedé con la pelirroja en su apartamento. El mío se había convertido en algo peligroso. El de ella, por el contrario, resultaba acogedor. En particular, con una

compañera como Connie.

* * *

Al siguiente día, a la hora habitual, entré a trabajar.

Alice no había llegado aún. Tampoco había llegado Mark Murray, aunque éste no tardó en presentarse.

Me saludó con un gruñido, como de costumbre. Y me preguntó a continuación:

—¿Y la señorita Clarks? Debiera estar ya aquí. Cuanto más necesaria es la gente...

—Debe estar con la policía. Parece que le ha gustado al teniente Rogers. Y él a ella no le ha sido indiferente.

—¡Eso a mí me tiene sin cuidado! —chilló.

—Lo suponía. Por eso se lo he dicho —respondí, suave. Seguidamente pregunté—: ¿Qué más ha sabido de los secuestradores de Lionel?

—Nada. Estoy desconcertado.

—¿Y qué acordó el Consejo de Administración?

—Pagarán lo que pidan. No quieren sangre.

—No pedirán «pasta».

—¿Y qué diablos van a pedir?

—Nada...

Antes de que preguntase el motivo por el cual opinaba yo de aquella manera, dije:

—Sospecho que tenemos un traidor entre nosotros.

Respingó. Y me preguntó a continuación:

—¿Y eso me lo dice a mí?

—Es usted el jefe, ¿no?

—¿De quién sospecha?

—De nadie. Ni siquiera de mí —dije en un rasgo de humor.

—¿Qué le hace pensar que tenemos un traidor?

Tardé en responder. Deseaba que se pusiera nervioso.

Y dije al fin lentamente:

—Alguien ha abierto la caja fuerte en donde se guardan los planos y textos referidos al trabajo que llevamos a cabo Lionel y yo.

—¡No es posible!

—Eso creía yo, que no era posible. Pero ha sido.

—¿Cómo lo puede saber?

—Han quedado huellas de la manipulación. Además, soy yo quien los guarda, sé cómo los dejo cada día.

—¿Ha pensado en que me está acusando? ¿Que acusa usted a Lionel y se acusa usted mismo?

—Ya le he dicho que no sospecho de nadie, ni siquiera de mí. Sé que teóricamente es imposible lo que digo, puesto que la caja no se puede abrir sin las tres llaves.

Y que cada uno de nosotros guarda una...

Yo hablaba con lentitud, matizando mis frases con agresividad o humor, según el efecto que deseaba lograr.

Y Marie Murray me daba la sensación de que estaba descompuesto.

Mi jefe preguntó:

—¿Es hoy cuando ha notado que se han producido esas manipulaciones?

—Hoy no he podido abrir. No había llegado usted. Y falta la llave de Lionel.

—¿Y si se dio cuenta con anterioridad de que se habían producido esas manipulaciones, por qué no dio cuenta de ello? —preguntó Murray.

Lo dijo con expresión que reflejaba enfado.

Pero yo recibí la sensación de que intentaba burlarse de mí.

Y le respondí en tono normal:

—No lo consideré necesario...

—Sin embargo... —comenzó a oponer.

Le interrumpí:

—Lionel y yo previnimos que podía suceder una cosa así. Y confeccionamos unos textos y planos totalmente falsos. Son los que han podido manipular.

Abrió los ojos de manera desmesurada, que resultó cómica.

Y preguntó:

—¿Los falsos? ¿Qué quiere decir?

En aquella ocasión su enfado no era fingido.

—Justo lo que he dicho. Texto y planos falsos que quedaban al alcance de la mano de quien lograra abrir la caja.

—¿Y los buenos? No me diga que no están en ella.

—Están en ella. Pero debidamente escondidos.

—Así pues...

—Las fotografías que hayan podido sacar no les van a servir de nada. —Cambié de tono para proseguir diciendo—: Aunque tampoco les serviría de gran cosa tener las fotografías de los auténticos planos y textos.

—Comprendo.

—Para poseer el secreto de nuestro trabajo tendrían que tener planos y textos auténticos; y luego reunimos a Lionel y a mí.

—Así pues, ahora es usted quien corre peligro. Por eso le quisieron secuestrar anoche. —Exactamente— dije.

—No es fácil que los reúnan. Y si lo consiguen, usted es de los duros. No hablará.

—Es la idea.

Me dio la sensación de que se encontraba un poco perdido.

CAPÍTULO IV

Para aumentar la confusión de Murray, dije:

—Está todo previsto, no solamente por nosotros, sino por la alta dirección de la empresa.

Mark Murray, alto, recio, grueso, parecía congestionado, a punto de darle un ataque.

—Y se lo Mee ver:

—Cuidado, jefe. Está a punto de estallar y me pilla muy cerca.

—No me gustan las bromas.

—A mí, sí.

Tras un lapso de silencio, Murray dijo lentamente:

—¿Así pues, Morton y usted están en contacto directo con la alta dirección de la empresa?

—Sí, con la parte técnica. Se consideró necesario, por una serie de razones. Entre ellas, está la orientación de nuestras investigaciones.

Murray chilló:

—¿Entonces, qué diablos pinto yo aquí?

Al chillar se le habían hinchado las venas del cuello, detalle que le señalé.

Y dije a continuación:

—Diablos, jefe. Usted es un simple *manager* o gerente, como quiera llamarlo. No tiene preparación técnica para seguir nuestro trabajo, ni tampoco para que le podamos consultar.

—No me gusta...

—Eso es cosa suya. Puede dimitir. Habrá más de uno que ambicione el cargo. Ahí se gana «pasta», no me lo niegue.

Sí, yo era irrespetuoso, pues Murray, a fin de cuentas, era jefe administrativo nuestro. Pero yo hacía todo aquello con toda idea. Si

quieren ustedes, con toda la mala idea.

La situación se había puesto tensa.

Yo dije entonces:

—¿Cómo podremos abrir la caja? Porque es casi seguro que Lionel se habrá llevado su llave consigo.

—¿No han previsto con la «alta dirección» que podía suceder una cosa así? —preguntó Murray, queriendo mostrarse irónico.

—Espero que la dirección lo habrá previsto. Y que darán una solución.

—¿Se ha reunido ya con ella?

—No. Si consideran oportuno conversar conmigo, ya me llamarán. Por eso he venido... —Claro. De todas formas usted no puede hacer nada sin Lionel.

—Algo podría hacer. Pero no demasiado. El cerebro es él. Digamos que yo soy «las manos». Unas manos diestras, pero nada más —dije modestamente.

Y en aquel momento se produjo una llamada telefónica.

Me alegré, particularmente pensando que podía ser por parte de los secuestradores de Lionel.

Fui yo quien tomó el aparato telefónico. Y de la centralilla pidieron que se pusiera Murray al aparato.

—Para usted —dije, alargándole el tubo.

Murray trató de parecer sereno —sin lograrlo— cuando tomó el teléfono. Noté que le temblaban las manos.

Antes de que comenzara a hablar, me retiré discretamente.

Y Murray contestó a la llamada hablando en voz media, casi baja, como si temiese ser escuchado.

Desde donde yo estaba, sólo podía captar palabras sueltas y no muchas. Sin embargo, sí las suficientes como para darme cuenta de que estaba tratando del secuestro.

Cuando terminó de hablar enhorquilló el tubo del microauricular.

Y luego se volvió hacia mí. Había dejado de temblar. Y me miró con expresión de triunfo.

No le quise preguntar. Era la mejor forma de que hablase.

—Piden «pasta». Se ha equivocado usted.

Sonreí. Y dije:

—Mejor... Bueno, mejor y peor. Si no les interesa el científico, si

lo que quieren es un montón de dólares, podrían matarlo, tanto si se paga como si no se paga.

—Se pagará.

—¿Lo tasan muy caro? —me aventuré a preguntar.

—Bastante caro. Trescientos mil...

—Bien. Lionel Morton vale bastante más.

—Se había hablado con el consejo de administración de pagar hasta doscientos cincuenta mil dólares.

—Pues que aflojen un poco más de «pasta». O consiga usted una rebaja. No creo que sea tan difícil.

—No esté tan seguro, aunque lo intentaré. —Tras una corta pausa, prosiguió diciendo—: Piden billetes pequeños, que no sean nuevos... Y dan un plazo corto. Seguramente para no dar ocasión a que se registre la numeración de los billetes.

—Es natural que tomen sus medidas. Si ellos juegan limpio, no tenemos por qué jugar sucio nosotros.

—Exigen que sea yo quien lleve el rescate —anunció Murray.

—Me parece normal. Deben saber que es usted un hombre escrupuloso y eficiente.

Sabía perfectamente que me burlaba de él. Pero se aguantó.

—Si me necesita para cualquier cosa relacionada con la cuestión, ya sabe que puede disponer de mí.

—Gracias. Pero considero que, por una serie de razones, debe mantenerse usted alejado del asunto. Recuerde que lo quisieron secuestrar.

—Eso es algo que no se olvida fácilmente. Por cierto, si no me necesitan de momento, quiero ir a informarme de quiénes son los fulanos detenidos. Y tratar de saber para quién trabajan.

—Me han advertido que no hurguemos por ahí. Aseguran que no lograríamos nada y que sería malo para Morton.

—Es natural que tengan miedo.

—Ellos pueden perder perfectamente los trescientos mil que piden por el rescate. Pero si matan a Lionel, éste no lograría otra vida.

—Eso es muy cierto...

Parecía que estábamos de broma, pero no había nada de ello.

Afortunadamente llegó la rubia Alice.

Vestía un ceñido pantalón que parecía a punto de estallar. Y una

blusa tan ceñida como el mismo pantalón y que ponía de relieve la agresividad y pujanza de su busto.

Dio la sensación de que tenía calor, pues la cazadora que completaba el traje, la llevaba en una de sus manos mientras llevaba el bolso en bandolera.

Mark Murray frunció el ceño cuando se dirigió a la rubia para corresponder a su saludo matinal.

—Hace media hora que debería haber iniciado sus actividades...

—No se enfade, jefe. Y haga una sonrisa, ¡diablos! He estado cumpliendo con mis deberes de ciudadana.

Se contoneó graciosamente al responder, ondulando su cuerpo, segura del efecto que podía causar.

Alice se dirigió seguidamente a mí y dijo en tono entre alegre y frívolo:

—¿Sabes que ese amigo tuyo es simpático?

—¿Qué amigo?

—El «poli». ¿O no es amigo tuyo?

—Hasta cierto punto. Es un buen chico y espero que se habrá portado bien contigo.

—Se ha portado maravillosamente. Me ha invitado a desayunar y todo. ¿Es soltero? —Sí.

—Creo que le he gustado... Y si es de los que se casan...

—Puedes preguntárselo... —contesté, divertido.

Murray parecía fastidiado, aunque no se atrevía a interrumpir a la rubia.

Ésta dijo de pronto, dirigiéndose a mí:

—También podías haberme dicho que tenías una pelirroja escondida...

—No estaba escondida. Se le había soltado un punto de una media y se lo estaba cosiendo —respondí con el mayor desparpajo.

Alice rió divertida.

Y Murray resopló furioso.

Seguidamente pregunté:

—¿Has identificado a alguno de vuestros secuestradores?

—No, a ninguno. También he visto a esos que cazaste en tu apartamento. No los había visto jamás.

—¿Sabes si el teniente Rogers ha logrado sacarles algo?

—Ni una palabra. Además, ha llegado un abogado a hacerse

cargo de la defensa de ellos. Y les ha dicho que no suelten palabra.

—Es lo de siempre.

—Parece que ellos se declararán culpables de allanamiento de morada.

Me encogí de hombros señalando mi indiferencia por lo que aquellos tres pandilleros pudieran hacer.

Y me despedí tanto de la rubia como de Murray, al cual dije:

—También yo voy a cumplir mis deberes de ciudadano. Y ya me pondré en contacto con ustedes por si llegaran a necesitar me.

No aguardé respuesta de Murray, quien, por otra parte, estaba deseando que yo me marchara.

Y quedarse solo con la sugestiva Alice.

No sé lo que intentó Murray, pero aún oí decir a la rubia:

—Poco a poco, jefe. Vamos a dejarnos de esas confianzas...

Oí que él la llamaba zorra.

Estuve tentado de volver atrás. Pero ¿para qué? Que se las arreglasen como pudiesen. Ambos eran ya mayorcitos. Y Murray, casado, sin hijos, tenía a la esposa —una morena sensacional— recluida en una clínica.

* * *

El teniente Rogers me señaló un asiento cuando me vio entrar en su oficina.

—¿Nada nuevo? —pregunté.

—Por aquí, nada nuevo. Bien, un abogado se ha hecho cargo de la defensa de esos tres.

—Me lo ha dicho la señorita Clarks. Termino de verla en la oficina. ¿Quién es él?

—Si se refiere al abogado, es un tal Chester Bresson.

Silbé.

—¿Le conoce? —me preguntó Rogers.

—Dice de sí mismo que sus enemigos le llaman estafador y otras cosas peores. Pero que jamás nadie le ha llamado imbécil.

—Ese mismo —dijo Rogers.

Aquello tenía más importancia de la que parecía a simple vista. Bresson era un abogado caro, fuera del alcance económico de los pandilleros detenidos.

Lo cual significaba que tras ellos debía haber una organización o alguien muy importante.

Informé a Rogers de lo que Murray me había dicho sobre la comunicación telefónica en la que los secuestradores habían pedido trescientos mil dólares.

—Se lo digo en plan confidencial, rogándole que no haga uso de ello —le dije finalmente.

—Pero no podemos admitir...

—Tal vez esa llamada telefónica no sea más que una cortina de humo para ocultar la verdad de los propósitos que abrigan.

Poco después me despedía de Rogers.

Consulté mi reloj. Era la hora en que debía llamar a Connie a su apartamento.

Lo hice y no me respondió.

Insistí tras un par de minutos de espera. Tampoco encontré respuesta.

Me dio mala espina aquello. Y no aguardé más. Volví a mi coche y materialmente lo hice volar en dirección al edificio en donde la pelirroja tenía su apartamento.

El portero me conocía. Y salió a mi encuentro.

—¿Qué ha sucedido?

—A la señorita Baxter se la han tenido que llevar rápidamente a un hospital. Con un ataque de apendicitis.

—¡No me diga! ¿Cómo puede tener apendicitis si carece de apéndice? La operaron hace aproximadamente tres años —informé al hombre.

El portero, todo confuso, dijo entonces:

—Bueno. Fue lo que me dijeron. Subieron tres y uno quedó aquí abajo...

—Y otro quedaría al volante de la ambulancia.

—Sí, claro...

—Y salieron volando apenas cargaron la camilla.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la han secuestrado en sus propias narices. ¿Cómo no se le ocurrió acompañarlos?

—Dijeron que no era necesario...

—¿Y quién les debía abrir si la señorita Baxter estaba sola y tenía el ataque? —pregunté, fastidiado.

El hombre bizqueó. Comprendió que todo había resultado absurdo, que se habían burlado de él.

Me dio lástima y le conforté diciendo:

—No se preocupe. De haberse opuesto a que se la llevaran le habrían golpeado. Lamento no haber estado yo aquí.

Estaba seguro de que habría sido inútil preguntarle por la matrícula de la ambulancia. Ni el nombre del hospital a que supuestamente la habían llevado. Aunque le hubiesen dado un nombre, sería falso.

Reflexioné. Comenzaba a sentirme acorralado, en una especie de callejón sin salida.

Y no tenía más asidero que el nombre de un abogado que era un indeseable, astuto y corrompido.

Pero al cual le iba a proporcionar yo un susto a muy pocos minutos vista.

CAPÍTULO V

Tuve suerte. Cuando llamé a la puerta de la oficina de Chester Bresson, su secretaria abrió inmediatamente.

La chica se disponía a salir para hacer un recado que le había encomendado su jefe, al cual alcancé a ver antes de que cerrase la puerta de su oficina privada.

—Lo siento, pero el señor Bresson no está.

—Termino de verlo. Y me está aguardando. No querrá que se enfade y la despida —argüí, sonriendo.

Miré con descaro hacia su pujante y desafiador busto, parte del cual se descubría al natural por el generoso escote de la blusa.

Y añadí:

—Claro que, si la despide, yo le daría colocación inmediatamente.

Recibí la impresión de que mi presencia le inspiraba confianza.

—Precisamente necesito una chica como usted.

Saqué mi cartera y de ella extraje una tarjeta de visita en la que figuraba mi título profesional.

—Puede llamarme por teléfono cuando quiera. Tendría mucho gusto en atenderla.

—Eso me lo han dicho ya otros.

—Pero ninguno se lo habrá dicho como yo.

—Perdone, pero tengo prisa —dijo la sensacional chica.

Sí, una pelirroja sensacional que me recordó a Connie por el color del pelo y a la rubia Alice por la espléndida figura y la forma en que iba vestida, casi como a presión.

—Por favor... —insistí.

La chica vaciló, se mordió el labio inferior y miró hacia la puerta de la oficina.

Luego dijo:

—¿Por qué no me aguarda aquí? Es sólo un momento...

—De acuerdo. La esperaré.

Entré con decisión como si hubiese entendido que ella me invitaba a entrar.

Y la chica no se atrevió a decir que debía aguardarla afuera.

—Puede irse tranquila. No tocaré nada. Ya le he dicho que soy de confianza.

—Me juego el puesto; y el abogado paga bien...

—Pero es antipático.

—Eso sí. Es una bestia. Tiene visita. Por favor, no interrumpa. Estaré de vuelta ahora mismo.

No aguardó a más y se dirigió al ascensor que, en aquel momento, se detenía en la planta.

La vi desaparecer en él.

Y cerré cautamente, sin ruido.

Me alegraba de no haber tenido que forzar la entrada. Particularmente si se tenía en cuenta que aquello era la oficina de un abogado.

Apenas hube cerrado oí ruido de voces. Salían de la oficina privada de Chester Bresson. Una de las voces, femenina, enérgica, resultaba airada en su expresión.

La que se le oponía, de hombre, era calmosa y estaba Cargada de maligna ironía.

Oí claramente que la mujer decía:

—Si no me devuelve eso, le mataré, aunque luego la justicia termine conmigo...

—Estoy dispuesto a devolvértelo. Y ya sabes el precio.

—Cerdo...

Recibí la impresión de que la mujer escupía en la cara del abogado, ya que no otro podía ser el cerdo a que se refería.

De improviso se abrió la puerta de comunicación y apareció en ella la enfadada mujer.

Tras la mujer, sumamente atractiva según pude apreciar a primera vista, apareció el abogado.

El hombre daba la sensación de que había perdido los papeles ante la negativa de la mujer.

Y trató de sujetarla.

Se revolvió ella y descargó un par de bofetadas en las mejillas del abogado.

Y éste, perdiendo la paciencia, la aferró de la blusa cuando ella echaba a andar, tiró de ella y se quedó con la prenda en la mano.

Fue cuando me decidí a intervenir, diciendo:

—Eso no está ni medio bien, abogado. Devuelva la prenda a la señora...

Ambos se quedaron inmóviles, mirándome con asombro.

El primero en reponerse de la sorpresa fue Bresson, el cual dijo:

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Dele la blusa a la señora y ya hablaremos de eso...

No necesitó devolver la prenda a la atractiva mujer. Ella la tomó de un manotazo y, relativamente tranquila, comenzó a vestirla, no sin dirigir al abogado alguna palabra malsonante que otra.

—Devuélvale también a la señora lo que ha venido a buscar. Ignoro de qué se trata, pero estoy seguro de que ella tiene razón.

La mujer abrió mucho los ojos al ver que le había salido un valedor.

—No se meta en lo que no le importa. Y lárguese de aquí. Esto es allanamiento —dijo Bresson, tratando de asustarme.

—He encontrado la puerta abierta y he entrado. Sin embargo, yo soy testigo de que usted ha tratado de hacer chantaje a la señora. Muy mal asunto, abogado —dije en tonillo burlón.

—Si no se mete en esto, le haré un favor a la señora.

—Si ella lo dice, lo dejaré en paz en lo que a ella se refiere.

La mujer no vaciló en decir:

—Ese granuja tiene algo que condena a mi marido. Lo embrolló, porque es muy hábil para eso; pero mi marido es inocente...

—Y usted está de acuerdo en que yo la defienda —dije, siguiendo en mi tono humorístico que, para un hombre inteligente como Bresson, no podía presagiar nada bueno.

Así que volví a insistir:

—Entregue a la señora lo que le pide. No quiero enfadarme, abogado. Y va a lograr que me enfade. Si es cierto que no es usted imbécil...

Solté la palabra sabiendo lo que hacía y el efecto que le podía cansar. En la mirada que me dirigió entonces, había algo nuevo. Parece que había descubierto un adversario digno de él.

Y gruñó más que dijo, pero no dirigiéndose a mí, sino a la joven y atractiva señora:

—Está bien. Usted ha ganado.

Dio media vuelta y entró en su oficina privada. Ni que decir tiene que le seguí inmediatamente detrás, después de hacer una señal a la dama para que nos acompañase.

Ella, que se abrochaba ya la blusa después de vestirla, nos siguió.

Vigilado por mí, Bresson abrió la caja de caudales, sacó de ella un sobre y lo entregó a la atractiva mujer.

—Ahí lo tienes.

Ella lo tomó; y yo le pedí:

—Asegúrese de que es lo suyo. No siempre podré estar a su lado para ayudarla.

Ella me miró. En su expresión había agradecimiento.

Hizo lo que yo le pedía y tras examinar unos documentos, dijo:

—Está todo en orden.

—Si ha terminado, ya se puede ir. Bresson y yo debemos cambiar impresiones...

Comprendió la mujer, la cual, tras asear su ropa y guardar el sobre en un bolso, me dio las gracias y se alejó.

Jugaba graciosamente las caderas. Y comprendí perfectamente que Bresson estuviese dispuesto a cometer una granujada con ella.

El abogado, una vez estuvimos solos, gruñó:

—No piense que le ha hecho un favor. Habría sido mejor para ella que la hubiese librado de su marido.

—Permita que sea ella la que decida en un asunto tan personal como éste, abogado.

Se dejó caer en su sillón, cruzó las manos que colocó sobre la mesa y me miró:

—Diga lo que sea. No dispongo de mucho tiempo.

—Eso lo comprendí tan pronto pude enterarme de como la trataba a ella —fue mi respuesta.

Había quedado abierta la puerta de la oficina privada de Bresson. Así él desde su sitio podía controlar la llegada de su secretaria.

Yo le advertí, diciendo:

—Su empleada no ha tenido la culpa. Esa cerradura no funciona

bien y la puerta saltó al ser cerrada. Pero vamos a lo que importa.

—Usted dirá.

—Se ha hecho cargo de la defensa de tres indeseables que penetraron anoche en mi apartamento con el propósito de secuestrarme...

Si experimentó sorpresa alguna, tuvo el suficiente dominio de sí mismo como para no exteriorizarla.

—Tienen derecho a ser defendidos. ¿Algo que objetar?

—¡Oh, no! Pero esta mañana ha sido secuestrada una señorita... Precisamente la que estaba en mi apartamento cuando ellos entraron.

—No sé nada de eso...

—Está mintiendo, Bresson; pero me da lo mismo.

—Es usted poco diplomático.

—Es algo que le debieron advertir esos tres.

Hice una pausa. Y Bresson permaneció callado, observándome como tratando de adivinar lo que iba a seguir.

—No me importa quién le encargó a usted la defensa de esos tres pandilleros. Pero le va a decir una cosa al tal Fulano.

—Será por favor, ¿no? —preguntó, tratando de desconcertarme.

—Será por narices —repliqué yo en tono que no podía inducir a engaño.

Suspiró, como queriendo significar que tendría paciencia.

Proseguí:

—Le va a decir que suelte o haga soltar a Connie Baxter antes de mediodía.

—Oiga, joven. Yo...

Le interrumpí:

—Porque si no la sueltan, como el único a quien tengo a mano es a usted, le haré volar la cabeza.

Me puse en pie.

Bresson se dio cuenta de que no se trataba de una bravata.

—¿Entendido, abogado?

No se molestó en decir que él no podía hacer nada, que no sabía nada, como otro menos inteligente habría hecho en su lugar.

Y respondió:

—Entendido.

Mire mi reloj y dije aún:

—Si a las doce Connie Baxter no se ha reunido conmigo, le buscaré. Y no intenten tenderme una trampa. De aquí a entonces me habré enterado de muchas más cosas que por el momento ignoro.

Antes de marcharme le dejó desconectados los teléfonos para que no me pudiese lanzar gente encima enseguida. Necesitaba ganar tiempo.

Una vez en la puerta me volví para recalcar:

—Ya lo sabe. Tienen de tiempo hasta las doce.

Cerré de golpe.

Se detenía en aquel momento el ascensor en la planta. De él salió la atractiva secretaria de Bresson.

Le salí al encuentro sonriendo y ella me correspondió.

—Ya he despachado con él. La visita salió antes de lo calculado. Le puede decir que la cerradura de la puerta de entrada no funcionaba bien. Eso le explicará mi presencia sin llamar a la puerta.

Parpadeó sorprendida.

Y echó a correr en dirección a la oficina.

Yo me apresuré a tomar uno de los ascensores, porque para entonces Bresson habría logrado ya conectar algún teléfono. Y estaría tratando de lanzar contra mi persona a algunos pandilleros.

Una vez en la calle me alejó con la máxima rapidez de la zona que podía controlar Bresson en aquel momento.

Y cuando consideré que estaba fuera del alcance de sus compinches, me detuve a reflexionar.

El secuestro de Connie había complicado las cosas y me había hecho perder un tiempo precioso.

Por otra parte me había obligado a descubrir parte de mi juego y por tanto, de mis posibilidades.

Pensé que no había concretado con Bresson de cómo podía enterarme de que Connie había sido puesta en libertad. En realidad, tampoco me convenía. Tendría que vigilar discretamente el periódico para el que la pelirroja trabajaba.

Y su propio apartamento.

Entré en un bar a tomar un ligero bocadillo. Y a repasar mentalmente lo sucedido desde que Connie había irrumpido en mi apartamento la noche anterior.

Recordé entre otras cosas que la rubia Alice me había hablado del detective privado para el que yo había trabajado hacía algunos años, poco después de terminar mis estudios y antes de encontrar colocación.

Se trataba de Julius Harper. Había sido policía, un buen detective. Luego había trabajado como detective privado por cuenta propia.

Y finalmente se había retirado. Aunque facilitaba informes a los amigos que se los pedían, siempre que estos informes fuesen en ayuda de la ley.

Y lo hacía por un precio módico.

Todo ello me animó a ir a verle.

CAPÍTULO VI

A Julius Harper no le extrañó mi visita. Había leído en el periódico lo publicado por Connie con referencia al secuestro.

Apenas hubimos cambiado unas palabras de salutación, me dijo:

—Temo que no voy a poder ayudarte, muchacho.

—Eso no se sabe aún...

—Esos tres fulanos que atrapaste en tu apartamento no tienen antecedentes. Y por el momento no tengo ni idea de para quién pueden trabajar.

—Vivirán de algo, ¿no?

—Uno trabaja para una compañía de seguros. Otro es vendedor de electrodomésticos. Sí, va a domicilio. El tercero es conductor y trabaja en una empresa de pompas fúnebres. Comprobado. Tienen buenos informes.

—Eso es magnífico. Trabajamos con unos bandidos buenos — bromeé yo.

Hizo como que no había oído. Y prosiguió:

—En cuanto a Chester Bresson, tiene tantas relaciones, tantos líos, es tan indeseable, que no sé ni por dónde empezar. Si es que vale la pena empezar por algún sitio.

—Le he visitado ya —anuncié a Harper.

Seguidamente le relaté la visita que había realizado a la oficina del abogado, sin omitir lo sucedido con la atractiva mujer que lo había abofeteado.

Harper silbó. Y dijo a continuación:

—El mundo es un pañuelo. Ella ha estado aquí. Apenas hace cinco minutos que se ha ido.

—¿Te refieres a esa estupenda chica?

—Justamente, a Patty Talbot. Me ha referido lo sucedido.

—¿Cómo ha sido?

—Había pretendido que fuese yo quien resolviese el asunto. Al decirle que no trabajaba ya, me pidió que le indicara un detective privado de confianza. Le indiqué que probase a resolverlo por su cuenta...

—Pues lo resolvió —dijo con tono humorístico.

—Sí, gracias a ti. Bresson no te lo perdonará.

—Ya sabes que no soy de los que van por la vida pidiendo perdón, ni permiso para vivir...

—Lo sé.

—¿Tienes idea de qué podía tener Bresson contra el marido de Patty Talbot?

—Está empleado en una clínica. Y trataron de involucrarlo en un asunto de drogas... Era inocente, me consta.

—¿Es una buena persona?

—No lo creo; pero en aquello no era culpable.

—¿Quiénes intentaron involucrarlo?

—No lo sé. Aunque pienso que Bresson estaba entre ellos. ¿Qué te puede importar?

—Me importa todo lo que se refiera a Bresson. Tengo que cazarle. Ése es de los que no perdonan según tú mismo acabas de decir. Por lo tanto, cuantas más flaquezas tuyas conozca, mejor que mejor.

—De acuerdo. Si te interesa un informe sobre él y sus actividades, procuraré confeccionarlo lo más completo posible. Y ya te llamaré cuando lo tenga dispuesto.

—Prefiero pasar por aquí. Mi apartamento puede estar controlado por la gente que ha secuestrado a Morton.

—Tienes razón —admitió Harper.

—Bien, no he venido a hablarte de Bresson. Es otro fulano quien me interesa.

—Tú dirás.

—Mark Murray.

—Mark Murray... ¿Te refieres a vuestro jefe administrativo? —preguntó Harper.

—Al mismo.

—¿Sospechas de él?

—Tengo una corazonada.

—Siempre fuiste hombre de corazonadas. Y sueles acertar —dijo Harper.

—Veamos una cosa. ¿Sabes que la esposa de Mark Murray está enferma, internada en una clínica?

—No lo he investigado nunca.

—Me gustaría conocer en qué clínica está, qué enfermedad padece, si es joven o no...

—Es joven y rica. Me enteré por casualidad, cuando se casaron hace aproximadamente cinco años. El, prácticamente, era un «don Nadie». Se ha levantado con el dinero de ella.

—Muy interesante.

—Me voy a poner a trabajar enseguida. Puedes llamarme esta tarde.

—Si continúo con vida.

—Es de suponer que sí. Tienes siete vidas, como los gatos.

—Gracias por el buen concepto que tienes de mí.

Harper y yo nos despedimos con un fuerte apretón de manos.

Y poco después me encontraba de nuevo en la calle sin saber qué hacer. Hasta el momento carecía de datos en los que poder apoyarme para actuar con eficacia.

Había hecho lo que había considerado mejor. Y tenía la impresión de que mi trabajo terminaría por dar resultado.

Consulté mi reloj. Faltaba más de una hora para que terminase el plazo que había dado a Bresson con relación a Connie.

Y decidí regresar al centro de investigación en donde Morton y yo trabajábamos, en donde tenía la posibilidad de encontrarme con la rubia Alice y con Mark Murray.

Si podía hacer algún progreso en la investigación, era precisamente allí en donde tenía alguna posibilidad.

Porque tenía la impresión de que era precisamente en tal lugar en donde se había «cocido» todo aquel sucio asunto.

* * *

La atractiva Alice y el nada simpático Mark Murray se hallaban en la oficina privada de este último.

Saludó jovialmente:

—¿Cómo van las cosas por aquí?

Al primer golpe de vista me había dado cuenta de que Murray estaba bastante fastidiado.

Y lo mío por el momento era tratar de fastidiarle más.

—¿Ha llevado ya la «pasta» a esos indeseables? —pregunté, en respuesta al gruñido que me dedicó Murray.

—No.

—¿Aguarda a que le maten?

—Aguardo el dinero. E instrucciones de ellos. Por otra parte, usted dijo que no lo matarían.

—Eso fue cuando no había exigencia de rescate. Pero ahora la hay. Claro que puede ser una simple cortina, de humo...

—Es lo que me temo. De todas formas, tan pronto esté todo, iré a llevar ese dinero. Por mí no quedará.

Me encogí de hombros para darle a entender que todo aquello me sonaba a falso.

Y dije:

—Han secuestrado a una periodista. Una pelirroja llamada Connie Baxter.

Aunque era innecesario, seguí diciendo, pero dirigiéndome personalmente a Alice:

—Fue la chica que presenció el secuestro. Me habría servido como testigo, pero pienso que le habría sucedido lo mismo que a ti. No hubiera sido capaz de reconocer a ninguno de los secuestradores.

—No era fácil. Ella no estaba cerca. No había luz... Yo misma, que los tuve más cerca, no soy capaz de reconocerlos.

—Tal vez influya el miedo —dije yo.

—De haber tenido miedo no habría sido capaz de escapar. —Seguidamente dijo Alice—. Temo que esa chica lo puede pasar mal. Pude darme cuenta de que esos fulanos no se detienen ante un crimen más o menos.

—Es algo que he tenido en cuenta —dije en tono natural.

—¿Lo has tenido en cuenta? ¿Y qué? —preguntó Alice con manifiesta agresividad.

—He dado orden de que la suelten. Y si antes de las doce no la han soltado le volaré la cabeza a alguien...

En aquella ocasión me mostré, de forma calculada, rudo, amenazador, para que Mark Murray tuviese en cuenta que no se

podía jugar conmigo.

Aunque él comenzaba a tener ya una idea bastante clara sobre ello.

Me di cuenta de que había impresionado a Murray, el cual tragó saliva antes de preguntar:

—¿Acaso conoce a alguno de los implicados en el secuestro?

—No. Pero sí conozco a alguien que está relacionado con ellos. Y como es mi único asidero, no he vacilado.

—¿Se puede saber de quién se trata?

—¡Claro que sí! No hay ningún secreto entre nosotros para esta cuestión. Se trata del abogado Bresson...

—¿Por qué imagina...? —comenzó a preguntar.

—Se ha hecho cargo de la defensa de los tres pandilleros que atrapé en mi apartamento. Lo cual significa que alguien le dio el encargo. Tuvo que ser alguien conocido para él. Y responsable económicamente. Bresson no es un abogado barato.

—No, claro... ¿Y no se le ha ocurrido emplearlo en favor de Morton?

—Ahí sería perder el tiempo. Morton es la baza importante y no lo soltarían por amenaza más o menos... Aparte de que sigo creyendo que les interesa vivo...

—¿Y cree de verdad que soltarán a la periodista ésa?

—No tardaremos en saberlo. Ella no les sirve de nada...

—¿Y por qué corrieron el riesgo de secuestrarla?

—Para emplearla como cebo contra mí. Ellos me necesitan. Sin mí, Morton no les sirve de gran cosa. Algo que ellos no podían imaginar.

—¡Vaya! —exclamó Murray, que pareció contrariado.

—Usted mismo ignoraba que las cosas fuesen así.

Recibí la impresión de que se le atragantaba algo.

Y se apresuró a decir:

—¡Por favor, Hayden! Yo estaba al cabo de la calle de eso. Era mi deber.

—¿Ha investigado sobre el segundo juego de llaves? —pregunté de improviso.

—No ha sido tocado del lugar en donde está depositado. —Y añadió—: Una caja en un Banco. Para ser entregado, deberían firmar el presidente del consejo de administración y dos delegados.

—¿Usted es uno de ellos? —pregunté con expresión que reflejaba suspicacia.

—Precisamente yo. ¿Qué sucede con eso? A veces he llegado a pensar que sospecha de mí.

—Ya le dije que ni siquiera sospechaba de mí. Y todos somos sospechosos. Hasta Alice —dije en broma.

Ella respingó. Y dijo con cierta agresividad:

—Te voy a soltar un puntapié en una espinilla.

—Lo tuyo son las caricias, rubia. Lograrás más con el amor que con la guerra.

—¡Vete al diablo! —exclamó, furiosa.

Consulté mi reloj. Se acercaba la hora límite para la liberación de Connie Baxter.

Y llamé por teléfono a su apartamento.

No me respondieron.

Llamé al periódico. Allí sí me respondieron. Y me dijeron que no sabían nada de ella.

—Que haga el favor de llamarme por teléfono si fuese por ahí.

Di el número de la oficina de Murray.

Y volví a consultar mi reloj. Faltaban cuatro minutos.

Me di cuenta de que tanto Murray como Alice estaban pendientes de mis reacciones. Dije entonces:

—Voy a comenzar la cuenta atrás. Y saldré en cuanto llegue al segundo cero.

Murray carraspeó, forzó una sonrisa y preguntó en tono que quiso hacer burlón:

—¿Cree que Bresson le estará aguardando? ¿Qué le será fácil localizarlo?

—Lo tengo vigilado. ¿O es que me cree tonto, Murray? Yo tengo también mis recursos. Entre otras cosas, deberá saber que trabajé en tiempos para un detective privado. La pena es que él ya no quiere hacer nada, no quiere líos. Se retiró.

Comencé a contar de mayor a menor.

Y faltaban veinte segundos cuando repiqueteó el timbre del teléfono.

Tomó Alice el tubo del microauricular. En su rostro dominaba una expresión de ansiedad que se trocó en alegría cuando me alargó el aparato:

—Es para ti, Jerry. Me parece que es la pelirroja ésa.

Era Connie. Tenía en mis manos la primera victoria.

—Estoy en el periódico. ¿Vienes a buscarme? Me han dado el recado...

—¿Te han seguido?

—Pienso que sí...

—Tratan de emplearte como cebo para darme casa... ¿Puedes venir tú aquí?

—¡Claro que sí!

—Pues te aguardo.

—Hasta ahora mismo, encanto.

—Espero que no te hayan hecho daño.

—Un par de golpes y una inyección que me durmió; pero deseo que no se lo tengas en cuenta a mis secuestradores.

—Como tú digas, pelirroja. Te espero. Tengo hambre...

—No habrás pensado en mí para saciar tu apetito.

Rió escandalosamente después de decir la frase y se apresuró a colgar para evitar que le dijese algo gordo.

Yo enhorquillé asimismo el tubo telefónico.

Y me volví para sonreír a Alice y a Murray. Tengo la impresión de que no sabían si debían reír o si debían llorar.

CAPÍTULO VII

La rubia Alice y Murray parece que decidieron reír. Y lo hicieron discretamente, sin querer excederse.

—Bresson ha sabido encajar su primera derrota en este asunto —dije yo.

—Mi enhorabuena. Parece que es usted convincente si se lo propone.

—Tengo menos que perder que Bresson; y que otros. Y eso es siempre una ventaja —dije con absoluto convencimiento. Me dispuse a salir. Y dije antes de traspasar la puerta—. Si Connie llegase antes de mi regreso, ¿le querrán decir que me aguarde aquí?

—¿Es que no la vas a esperar? Eres un desconsiderado. Esa chica ha sufrido el secuestro por tu causa —censuró Alice.

—La vida es así. Y como tal hay que tomarla —dije a la vez que salía.

No es que pensara ir lejos. Pero debía hacer creer que me alejaba y que mi marcha no tenía nada que ver con el regreso de la pelirroja.

Había dejado mi coche en el apartamento privado de la instalación en donde trabajaba.

Y salí de él, convencido de que mis movimientos eran vigilados por Alice o por Murray. Tal vez por los dos.

Una vez en la vía pública crucé la calle e hice marchar mi vehículo en sentido contrario al que debería traer Connie. La cual podía llegar en su coche o simplemente en un taxi.

Cuando me hube alejado unas cuatrocientas yardas aproximadamente, volví a cambiar el sentido de marcha.

E hice avanzar mi coche sin prisa alguna.

Y me detuve a la derecha, materialmente pegado a la acera y a

unas treinta yardas de la entrada a las instalaciones del Ala Virginia.

Desde allí podía vigilar la llegada de Connie y enterarme de si era seguida o no.

Y podría saber asimismo si Alice o Murray salían.

Afortunadamente, mi coche no era de los que llamaban la atención, sino más bien de los que pasaban desapercibidos, aunque era potente y veloz. Pero había muchos como él.

Apenas si hacía veinte minutos que me había detenido en mi nuevo estacionamiento, vi pasar por mi lado el coche de Connie. La pelirroja iba al volante.

Recibí la impresión de que tenía prisa en llegar y de que estaba preocupada porque la seguían, detalle del cual se había dado cuenta gracias al espejo retrovisor.

Y gracias a su prisa y su preocupación, no me vio.

Detuvo el coche en la calle, en lugar de entrarlo en el aparcamiento.

Entre el coche de la pelirroja y el mío había quedado espacio más que suficiente para que aparcasen dos o tres coches más.

Y cuando ella apenas si había tenido tiempo de apearse, cerrar su coche y atravesar la acera, llegaba otro coche que se situó detrás del de ella, escasamente a un par de yardas del mismo.

Seguro que Connie lo vio, aunque fingió lo contrario. Y la pelirroja penetró en terrenos propiedad de la empresa en que yo trabajaba.

Cruzó con decisión el aparcamiento y lo que yo llamaba «zona de nadie».

Y se identificó ante el guardián de turno, el cual estaba avisado y la dejó pasar.

Tan pronto Connie entró en el pabellón, desapareciendo de nuestra vista, los individuos del coche aparcado entre el de ella y el mío, y que habían permanecido inmóviles observando, comenzaron a dar señales de vida.

Eran cuatro. Y tres de ellos se apearon del automóvil, quedando al volante el cuarto.

Uno de los individuos, como quien no hace la cosa, se acercó al coche de Connie, el cual sacó un juego de ganzúas y estuvo maniobrando con ellas hasta que logró abrir la portezuela.

Entró y cerró. Y comenzó a trabajar para establecer un puente que le permitiese arrancar con el vehículo cuando le conviniese.

Mientras tanto, los otros dos maniobraron de forma que le cubrían y le protegían de miradas indiscretas.

Intuí algo de lo que se proponían. Y cuidando de pasar sin ser notado, abandoné mi coche y me trasladé a una próxima cabina telefónica.

Y desde ella llamó a Connie, que me esperaba en la oficina de Murray.

Se puso Alice al aparato. Me di a conocer. Y poco después tomaba Connie el tubo telefónico.

—Di a Alice y a Murray que te he llamado para que te reúnas conmigo...

—Sí. ¿Y qué?

—Vas a ir hasta tu coche. ¿Llevas una pistola?

—Sí.

—Llévala preparada para actuar y si es necesario tira primero y pregunta después.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Que te acompañe Max Stack. Trabaja ahí. Y que actúe como si fuese yo mismo...

Connie comprendía que sucedía algo anormal.

—Bien. ¿Qué más?

—Hay un hombre al volante de tu coche y dos más le protegerán desde fuera. Yo me encargo de ellos. Que Max se encargue del fulano al volante... Él debe ir armado también. ¿Entendido?

—Espero que sí. Y que tengamos suerte. Hasta ahora mismo.

Cortamos la comunicación; yo estaba seguro de que tanto Connie como Max, un buen compañero de trabajo y amigo, sabrían actuar.

Particularmente Connie, la cual había sufrido dos experiencias seguidas. La de la noche anterior y la de aquel mismo día.

Salí de la cabina telefónica y aguardó junto a ella. Era un buen lugar de observación.

Apenas habrían transcurrido diez o doce minutos, vi salir a Connie acompañada por Max.

Observé que ambos habían aprendido perfectamente sus papeles y actuaban como si no tuviesen nada que temer.

El fulano que se había metido en el coche de Connie, se había escondido, dispuesto a sorprender a la pelirroja y su acompañante.

Los otros dos individuos se dispusieron a su vez a protegerle y vencer toda resistencia que las presuntas víctimas pudiesen presentar.

El individuo que había quedado al volante del coche de los pandilleros, puso el motor en marcha.

Y yo, para no ser menos, me puse en acción, desplazándome con sigilo.

Cuando ya los otros tres estaban pendientes de Connie y Max, yo sorprendí al del coche colocándole el cañón de mi pistola junto a su oreja izquierda.

—Deja el volante tranquilo y baja, si no quieres que te haga un pequeño relleno en la sesera.

Comprendió el fulano que no estaba la cosa para bromas. Y no ofreció resistencia alguna.

Salió tal como le había ordenado. Y caminó hacia donde estaban sus compinches. Connie y Max llegaban ya al coche. Y tanto una como otro enseñaban sus pistolas al que se había colado en el vehículo.

Se dispusieron a actuar los otros dos. Pero entonces les llegó mi conminación:

—Dejad las manos quietas, basurita... O no habéis estado listos o es que me habéis hecho tonto.

—¿Es que ese fulano se ha vuelto loco? —Osó preguntar uno de ellos, tratando de ganar tiempo.

—No me he vuelto loco aún, pero le ando cerca. Y cuando me da el ataque, comienzo a darle gusto al dedo, caiga quien caiga. Los jurados me declaran irresponsable y yo me divierto —dije en tono de broma.

Precisamente mi tono humorístico fue lo que más impresionó a los fulanos, los cuales quedaban a poco formando fila y totalmente desarmados.

Connie me preguntó:

—¿Qué vamos a hacer con ellos?

—Es lo que estoy pensando. Ése ha dejado bastantes huellas en tu coche y lo podemos entregar al teniente Rogers. Aunque pagarán fianza por él y saldrá en un par de horas... —Pues no me gusta.

—Ni a mí. En cuanto a esos tres, ni siquiera eso. No les dimos ocasión de faltar a la ley. —Pues es una lástima— dijo Max.

—¿Habéis robado ese coche? —pregunté, señalando el vehículo que les había llevado hasta allí.

—De robado, nada —se apresuró a decir uno de ellos.

—Es lo que imaginaba. Os lo ha prestado vuestro jefe —dije yo.

No respondieron a mis palabras aunque fue suficiente la mirada que cada uno de los otros dirigió al que había dado la respuesta.

—Tienen aspecto de deportistas, ¿eh, Max? —pregunté con expresión burlona, mencionando con el ademán a los cuatro fulanos.

—Pues sí, tal vez sí. ¿Has pensado en hacerlos correr delante de nuestros coches?

—No es mala idea...

El lugar, bastante retirado y solitario, resultaba ideal para una experiencia como aquélla.

Y los cuatro fulanos reflejaron miedo, intuyendo que lo podían pasar mal, muy mal. Estábamos cerca de uno de los muelles del North River. Bastaba cruzar la calle, rebasar luego el lateral de un edificio y ya estaríamos prácticamente en la orilla del río.

—Estos chicos están sudando de miedo —dije yo—. Y un baño no les irá mal. ¿Qué opinas?

—Eres demasiado blando de corazón, Jerry. Estos fulanos te querían secuestrar. A ti y a la chica. Y no habrían tenido miramiento alguno.

—Yo también lo he pensado. Pero ¿qué quieres? Alguna diferencia tiene que haber entre ellos y yo. —Seguidamente les ordené—: Muchachos, en marcha. Cuidado no os planche algún coche al atravesar la calle.

Uno de ellos dijo enérgicamente:

—No —nos moveremos de aquí. Si quiere, nos entrega a la policía.

—¿Estáis todos de acuerdo con él? —pregunté.

Guardaron silencio, como dando a entender que su compinche había hablado por todos.

Y entonces entró un servidor de ustedes en acción, actuando a lo bestia, estilo torbellino.

Golpeé con dureza, aunque sin saña, empleando mis duros

puños.

Y poco después los cuatro fulanos caían vencidos por mi contundencia.

Al verlos en el suelo, tan inofensivos como recién nacidos, sentí lástima por ellos.

E instantes después los fui cargando en el coche que los había traído, contando para ello con la ayuda de Max.

Luego encargué a éste que deshiciera el puente que el pandillero había establecido en el coche de Connie. Y añadí:

—Estoy de vuelta enseguida.

—¿Adónde vas?

—A dar un paseo.

Me puse al volante del coche que había traído a los pandilleros si bien previamente, y para no dejar huellas, me puse los guantes.

Atravesé la calle en el coche y lo detuve a menos de yarda y media de la orilla del río.

Había puesto el freno de mano. Y comprobé que el terreno ofrecía un ligero declive.

Los cuatro pandilleros en el interior del coche, comenzaban a rebullir, a situarse con cierta comodidad, aunque sin saber exactamente en dónde estaban ni qué les podía suceder.

Seguro ya de que ellos se podían valer por sí mismos, puse el cambio de marchas en punto muerto y libré al coche del freno de mano.

Ayudé al automóvil a que comenzara a deslizarse en dirección a la orilla.

Había abierto las dos puertas. Y me situé junto a una de ellas para que los pandilleros no pudiesen saltar antes de tiempo.

Comenzaban a darse cuenta los cuatro indeseables de que se les estaba gastando una pesada broma.

Y mientras uno de ellos intentó detener el coche, otro quiso salir.

Lo empujé hacia el interior a la vez que avisaba:

—¡Cuidado al salir del agua, no pilléis una pulmonía!

Imprimí mayor velocidad al deslizamiento del coche empujando en los últimos instantes.

Y el magnífico vehículo dio el salto majestuosamente mientras en el interior se confundían los gritos de miedo con los insultos

hacia mi persona.

Pero a mí, lo que me fastidia de verdad es que me tiren con bala. De palabra se pueden tolerar muchas cosas.

Me acerqué a ver cómo se producía la entrada del automóvil en el agua. Entró con una inclinación de unos cuarenta y cinco grados, una inmersión perfecta y bella.

Saltó el agua convertida en una especie de surtidores de espuma que se elevaron por encima de las tres yardas.

Y el automóvil comenzó a hundirse mientras los pandilleros, sin perder totalmente la serenidad, comenzaron a salir para ir emergiendo de uno en uno.

Me despedí de ellos deseándoles suerte.

—¡Confío en que sabréis nadar!

Sí, sabían nadar. Con pésimo estilo, pero se mantenían a flote.

CAPÍTULO VIII

Regresé adonde estaban Connie y Max aguardando.

Y di las gracias a este último, el cual se despidió, tanto de la pelirroja como de mí, y volvió a su trabajo.

No me preguntó por los pandilleros. En cambio lo hizo Connie:

—¿Qué ha sido de ellos?

—Están tomando el baño. Me he cerciorado de que se mantenían a flote. Y no tardará en acudir gente en su auxilio.

—No estoy tranquila...

—Ni yo. Pero ni era cosa de asesinarlos, ni teníamos causa suficiente para entregarlos a la policía y que ésta los detuviese.

—Lo comprendo.

—En tal caso, vamos a proseguir la acción. ¿Has comprobado cómo va tu coche?

—Va bien. Lo ha comprobado Max. Un chico simpático.

—Es un chico que vale y un buen amigo. Vale más que yo.

—No le hagas propaganda. Si pretendes librarte de mí, pierdes el tiempo. Eres tú quien me gusta.

—Y tú a mí, pelirroja. Eres la chica más sabrosa que he conocido...

Quise demostrarle lo que me gustaba, así, en plena calle, pero se me escurrió de entre las manos, refugiándose en su coche.

—Está bien —admití—. Vas a seguirme a una prudencial distancia. Y procura saber si alguien demuestra interés por mí...

—Yo misma...

—Alguien que no seas tú...

Me despedí de ella y me puse al volante de mi coche, el cual dirigí hacia la casa de Fatty Talbot, la atractiva y joven señora a la cual había librado del chantaje que Bresson había intentado hacerle.

Tuvimos Connie y yo la suerte de que ella estaba en casa. Y nos recibió amablemente.

Me di cuenta de que hacía preparativos de marcha. Sin embargo, no hice pregunta alguna referente a ello.

Pero Patty Talbot me informó, diciendo:

—Me largo. El clima de Nueva York se me hace asfixiante.

—¿Y su marido?

—Ni lo he visto ni deseo verlo por el momento. Le dejo un sobre con las pruebas que gracias a usted pude arrebatarse a Bresson. Y una carta diciéndole que si está dispuesto a cambiar y sigue queriéndome, que me busque.

—¿Le dice adónde va?

—Le doy una pista. Es más que suficiente. Le aseguro que no merece más.

—La creo...

—¿En qué puedo servirle, señor Hayden?

—Necesito un sitio desde el cual telefonar con tranquilidad, poder tomar mis notas y conversar tranquilamente con la señorita Baxter. Tanto el apartamento de ella como el mío, deben estar vigilados.

—Puede disponer del mío. Lo dejo...

—Pero su marido...

—Tiene el suyo propio, en el cual hemos convivido hasta hace un par de meses. El ignora que tengo éste alquilado...

—¿Amueblado y todo?

—Sí. Si lo desea, bastará hablar con el administrador. Tengo pagado el alquiler hasta fin de mes.

—¿Qué te parece, Connie? —consulté a mi acompañante.

—Nos conviene.

Me dispuse a telefonar a Julius Harper, tras haber pedido permiso a Patty Talbot.

Ella prosiguió su tarea de recoger sus cosas. Y Connie, que la veía hacer, se dejó caer en un cómodo sillón.

La mirada de mi pelirroja se fijó entonces en una fotografía que Patty se disponía a recoger de un mueble para guardarla en una de sus maletas.

Connie preguntó a Patty:

—¿Se trata de su marido?

—El mismo. Tiene atractivo para las mujeres... ¿Le conoce?

Connie, antes de responder, me miró.

Yo intuí que había algo que me podía sorprender e incluso que me podía ayudar.

Y dejó el tubo telefónico, sin llegar a efectuar la llamada.

—Puedes decir lo que sea, Connie —la autoricé—. Ese hombre ha sido uno de mis carceleros. No, él no ha sido cruel conmigo. Más bien diría que hacía su trabajo a la fuerza. Y que me compadecía. Cuando se enteró de que me marchaba, me pareció que se alegraba.

Pasé mi mirada de Connie a Patty, la cual dijo:

—Mi marido trabaja en una clínica: El Buen Reposo. Y la dirige el doctor James Silk. Connie dijo a su vea:

—Sí, tiene que ser un lugar así. Claro, me han tenido en un hospital psiquiátrico. Aunque no podría asegurarlo, porque me han tenido aislada durante todo el tiempo.

—¡Ya! —me limité a exclamar.

Comenzaba a estar explicado lo de Charles Talbot, el marido de Patty. Si él había descubierto algo anormal, lo habían comprometido para que no los pudiese denunciar. Podía ser inocente o no, pero tan pronto supiese que ya no poseían pruebas contra él, abandonaría a sus jefes.

Patty dijo entonces:

—Eso quiere decir que mi marido debe saber cuánto antes que ya no tienen nada contra él, que puede abandonarlos...

Intervine para decir:

—Y significa también que tan pronto él intente abandonarlos, lo eliminarán.

Patty, asustada, me miró. Y dijo:

—No había pensado en eso.

—Ni yo. Hasta ahora no he comprendido el alcance que podía tener la cosa. —Seguidamente pregunté—: ¿Bresson conoce este domicilio suyo?

—No lo creo. El piensa que yo vivo con mi marido en su apartamento. Se ofreció para visitarme en él durante las horas de trabajo de mi marido. ¡Ese repugnante sapo! —añadió en tono despectivo.

Aquellos detalles no me importaban gran cosa, al menos, de momento.

Y volví al teléfono para llamar a Harper, al cual me di a conocer. Antes de que me informase, le pregunté:

—¿Sabes si la esposa de Mark Murray está recluida en la clínica El Buen Reposo, de un tal doctor James Silk?

—No te lo puedo dar como seguro porque el asunto está rodeado del mayor secreto. —Como si fuese un secreto de Estado.

—Algo así; pero sí, mis informes señalan hacia esa clínica.

—Que es la clínica en donde trabaja Charles Talbot, a cuya esposa trataba de extorsionar Bresson.

—¡Exactamente! —exclamó Harper. Parecía admirado. Y dijo—: Has adelantado tanto que, prácticamente, has demostrado que no me necesitas.

—He tenido suerte, eso es todo...

—Pues que no te falte, porque este asunto puede ser grave.

—Estoy convencido de que lo es. ¿Qué has sabido?

No quiso dar nombres, porque dijo:

—Ese sucio cerdo de cuyas pezuñas sacaste a la linda Patty, viaja mucho. Está muy relacionado, particularmente con fabricantes y negociantes de armas...

—Entiendo —me limité a responder.

Harper se mostraba discreto, muy discreto, por si alguno de los teléfonos estaba intervenido. Cosa que se daba con demasiada frecuencia.

Y la verdad es que la noticia no me sorprendió. Me habría sorprendido si me hubiese dicho que se trataba de un asunto de drogas, como el que les había servido para liar a Charles Talbot.

—¿Lo relacionas con Silk? —pregunté.

—Silk puede ser un asociado. O, simplemente, un fiel servidor. Tal vea el abogado lo tiene entre sus manos, como tenía a Talbot.

—Esa idea es buena —aprobé. Seguidamente pregunté—: ¿Sabes que Bresson me echó encima cuatro pandilleros? Siguieron a Connie con la idea de apresarnos a los dos cuando nos reuniésemos.

—¿Qué has hecho con ellos? ¿Les has sacado algo?

—Consideré que era poco menos que imposible. Y como tampoco había «tela» para entregarlos, los lancé al North River. No temas, los dejé nadando en él. Les hacía falta un baño.

Rió Harper de buen grado.

Seguidamente le facilité la matrícula del automóvil en que iban

los pandilleros. Y le pedí:

—Averigua a quién pertenece el coche. Me aseguraron que no era robado.

—¿Qué pretendes? —me preguntó.

—No creo que Silk le proporcione pistoleros al otro. Y quisiera saber de dónde salen, pues Bresson no los debe manejar directamente. Sería muy arriesgado para él.

Harper parecía pensativo. Y respondió al cabo:

—Puede que tengas razón.

Seguí diciendo:

—Recuerda que entre los que allanaron mi apartamento hay un vendedor de electrodomésticos, uno que trabaja en seguros y otro que trabaja en una funeraria.

—Lo recuerdo.

Yo proseguí:

—Una funeraria, por lo que representa, es mirada siempre con respeto, con temor. —Creo que sé hacia dónde vas.

—Estoy seguro de ello. Además, dispone de vehículos, de almacenes, de personal...

—Sí, está claro. Voy a averiguar inmediatamente a quién pertenecía el coche de los pandilleros. Y también la funeraria en donde trabaja el tal Merrith.

—De acuerdo. Mientras averiguas lo referente a Merrith y al coche, yo voy a realizar otra gestión.

Harper no quiso enterarse de la gestión que yo pretendía realizar. Era así de discreto.

Y se limitó a decir:

—Cuando hayas terminado, llámame de nuevo por teléfono.

—Lo haré.

Cortó Harper la comunicación e hice yo lo propio.

Patty Talbot había terminado de guardar todo en las maletas. Todo menos la carta y documentos que debía enviar a su marido.

Me dirigí a ella:

—Si quiere, yo llevaré personalmente eso a su marido. Si confía en mí, naturalmente.

—¡Claro que confío en usted! ¿Cuándo se lo piensa llevar?

—Ahora mismo. Piense que la vida de su marido corre peligro. Cada hora que transcurre el peligro es mayor.

—Lo siento, aunque no esté muy segura de quererle aún. Lo siento, aunque no tengo culpa alguna de la situación en que se encuentra.

—La comprendo. Pero las lamentaciones no sirven para nada.

—¿Van a ir los dos?

Connie se puso en pie como impulsada por un disparador. Y dijo:

—¿Cree que a un hombre como Jerry se le puede dejar solo?

Patty Talbot rió discretamente. Y Connie prosiguió diciendo:

—No se trata de que tenga celos. Pero Jerry es un suicida...

La inquilina del apartamento pareció tomar una decisión repentina y me preguntó:

—¿Puedo ir con ustedes?

—Me sentiré encantado. Nos puede servir de ayuda. ¿Pospone su viaje?

—De momento, sí. No he sacado aún el billete.

—En tal caso no hay más que hablar. Irá en uno de los dos automóviles. Mejor en el mío. Si a Connie no le gustó la idea, fue capaz de disimularlo.

Salimos a la calle.

Patty y yo ocupamos mi coche, mientras Connie debía seguirnos en el suyo.

Antes de arrancar cuidé de mirar, particularmente hacia los coches aparcados en las inmediaciones, por si había alguno con gente al volante, esperando.

Nada sospechoso.

Me dio Patty la dirección de la clínica El Buen Reposo. Y puse el coche en marcha, asegurándome por el retrovisor de que Connie nos seguía.

Ella, a su vez, debía vigilar por si se situaba alguien a nuestras espaldas, siguiendo nuestro mismo camino.

Cuando llevábamos veinte minutos de marcha y estábamos cerca ya de la clínica El Buen Reposo, Connie, bastante cerca de nosotros, hizo la señal de que todo iba bien.

Después yo detenía mi coche poco antes de llegar a la clínica mientras Connie seguía adelante para estacionar un poco más allá y mantenerse vigilante.

Acompañé a Patty hasta la misma puerta de la clínica en donde

la linda mujer llamó. Abrieron un postigo. Y ella se dio a conocer, diciendo a continuación:

—Necesito ver a mi marido.

—Aguarde un momento —respondieron.

No abrieron. Cosa que, por otra parte, no me sorprendió.

Y tardaron más de cinco minutos en abrir el postigo de nuevo y responder a Patty:

—Tendrá que aguardar. Está muy ocupado y hasta que no termine su turno, no lo podrá ver.

No me gustó aquello, palabra.

Y me adelanté, dispuesto a actuar.

CAPÍTULO IX

El fulano que había respondido a Patty no era el mismo que había asomado la primera vez.

Se disponía a cerrar, pero introduje una mano de forma que lo impedí.

—No tenga tanta prisa —dije.

—Haga el favor... —comenzó a decir el fulano.

—La señora ha pedido ver a su esposo. Es urgente. Si no sale inmediatamente, no tardaré en estar aquí con un mandamiento judicial. Y registraremos este antro hasta encontrarlo.

Mis palabras impresionaron al fulano tanto como el tono en que fueron dichas.

Tragó saliva antes de responder:

—Si lo pone así, lo diré al doctor Silk y que resuelva él. Tal vez se decida por su parte a llamar a la policía.

—Sería una buena idea. Me ahorraría ese trabajo.

Me mostraba audaz y seguro.

Y de nuevo obtuvimos una respuesta dilatoria:

—Aguarden un momento. Espero que dejen salir al tal Charles Talbot. Sería un bien que lo despidieran de una vez.

En aquella ocasión permití que cerraran el postigo. A fin de cuentas los muros que daban a la calle, aunque altos, no resultaban insalvables. Había posibilidad de entrar si nos ponían las cosas difíciles.

Tras escasos minutos de nueva espera salió el primero de los individuos que había atendido a Patty Talbot y abrió la puerta, anunciando:

—El doctor Silk les espera.

No me gustó aquello. Henos, cuando yo había notado bastante

movimiento en el interior del edificio que constaba de planta y piso y cuyas ventanas al exterior estaban protegidas por rejas.

Sí, como si fuese una cárcel.

Entramos Patty y yo. Atravesamos un pequeño vestíbulo, cruzamos una puerta y ésta se cerró a nuestras espaldas casi al mismo tiempo que la de la calle.

Recibí la impresión de que habíamos entrado en otro mundo muy diferente del que terminábamos de abandonar.

No se veía a nadie en la sala a la cual accedimos. Sin embargo, yo estaba seguro de que nos vigilaban varios pares de ojos, ojos invisibles pero que estaban «allí».

El hombre que hacía las veces de portero nos dejó bajo el cargo de una enfermera alta, recia, potente. Él rostro fino y bonito no correspondía al corpachón. Pero su expresión no me gustó, palabra.

Ella abrió una puerta y señaló hacia el interior a la vez que decía:

—El doctor Silk les aguarda. Les ruego que sean breves.

Al ver a Silk me planteé una vez más la pregunta: ¿Estudian psiquiatría porque están locos? ¿O se vuelven locos al continuo contacto con sus enfermos?

Adquirí el convencimiento de que sería difícil encontrar en todo el sanatorio un alienado con más aspecto de loco que Silk.

Un Silk de corta estatura, delgado, calvo, miope y con un rostro que tenía un cierto parecido con un garbanzo arrugado.

Estaba de pie cuando nos recibió y se apoyaba contra su mesa de trabajo. La expresión de sus ojos era maligna, sin poder evitarlo.

Se adelantó a nuestro saludo preguntando a Patty Talbot, a la cual dio la sensación de que desnudaba con la mirada:

—¿Busca a su marido?

—Exactamente —respondió Patty.

—Le dijeron que no lo podía ver hasta que no terminase su turno, que estaba ocupado...

—Así fue.

—Fue una disculpa. Lo cierto es que no sabemos en dónde está. Se marchó y ojalá que no vuelva. Es un indeseable al cual no sé cómo he aguantado tanto tiempo.

Intervine yo para decir:

—¿Quiere significar que llegamos tarde? ¿Que lo han asesinado

ya?

Mis preguntas no eran hechas en broma. E hicieron respingar a Silk, el cual me miró con expresión iracunda.

—¿Quién le autoriza a hablar de esa manera? ¿A acusarme...?

—Ustedes envolvieron a Talbot en una especie de complot para mantenerlo bajo su dominio; pero ahora se le ha ido de las manos. Las falsas pruebas han desaparecido y él representa un peligro para su organización...

Silk señaló con gesto autoritario en dirección a la puerta. Y dijo:

—Salga inmediatamente de aquí. Si alguna explicación hay que dar, la dará a la señora Talbot.

—Tengo una idea bastante clara de las explicaciones que dan aquí a sus falsos pacientes, doctor Silk. Que salga Charles Talbot, el cual se vendrá con nosotros... Y trataremos de olvidarlos. Allá cada cual con sus problemas.

En aquel mismo momento recibimos la impresión de que se abría una puerta. Y se escuchó un grito pidiendo auxilio, un grito espeluznante.

Siguió el ruido de un golpe y luego un gemido.

Y ruido de carreras. Eran varios seres los que corrían.

Miró a Silk primero y a Patty Talbot después. La hermosa mujer había palidecido.

—¡Es Charles! —exclamó.

Salió Patty a la sala y yo la seguí. Vi a un hombre que luchaba a brazo partido con otros dos. Un tercer fulano llevaba preparada una inyección, dispuesto a aplicarla al solitario luchador.

Éste se libró de uno de sus contrarios aplicándole un fuerte puntapié que lo lanzó rodando de manera violenta.

Me dispuse a intervenir, pero Silk, que me había seguido, me conminó a la vez que me encañonaba con un revólver:

—¡Quieto!

Me detuve y giré, mirando a Silk, el cual daba la sensación de que habría disparado a gusto. Su expresión reflejaba odio maligno. Envidiaba mi juventud y mi aspecto físico.

La inyección que tenían preparada para ser aplicada a Talbot, voló por el aire gracias a un puntapié que aplicó el propio Talbot en la mano del que intentaba inyectarle.

Intervino la recia enfermera que nos había hecho pasar a la

oficina privada de Silk. Y sujetó a Talbot; pero entonces no había inyección.

Aunque en aquel momento llegaba otro fulano con otra jeringuilla dispuesta para pinchar.

Patty se lanzó contra la recia enfermera, intentando libertar a su marido. Pero salió desplazada con violencia por aquella especie de elefante con faldas.

Cayó Patty cerca de Silk, el cual hubo de apartarse ligeramente para no ser arrollado.

Era mi momento y salté como un tigre tratando de colarme por debajo de la línea de tiro del revólver que empuñaba Silk.

¡Y lo conseguí en el momento en que el loco doctor disparaba!

Falló el disparo y yo, en cambio, le clavé mi cabeza a la altura del estómago, lanzándole con terrible violencia al suelo, haciéndole perder el arma.

Era ágil y, dominando el dolor que experimentaba, saltó tratando de recobrar el arma.

Yo, que había caído al suelo, le trabé los pies cuando iba por el aire y le hice tomar tierra de manera espectacular y violenta.

Y antes de que pudiera reponerse le asestaba un puntapié en el rostro, golpe que le puso fuera de combate, produciéndole una brecha por la que comenzó a sangrar abundantemente.

Me lancé contra el de la jeringuilla y le golpeé con furia. El hombre fue a chocar contra un pie que sostenía un busto de Freud.

Se rompió el pie en dos y el busto de Freud cayó sobre la cabeza al fulano, dejándole fuera de combate.

Aquello se nos iba poniendo bien. Volví a atacar y, aunque no me gustaba golpear a las mujeres, tuve que hacerlo con la recia enfermera que había aferrado a Talbot por el cuello a riesgo de estrangularle.

Dos secos golpes aplicados con el filo de mi diestra en los músculos laterales del cuello, dieron con la enorme mujer en el suelo, la cual, una vez caída, daba la impresión de ser mayor aún.

Talbot había llegado al límite de sus fuerzas y era arrastrado hacia el interior por el individuo que le había dominado.

Pero golpeé otra vez más, lanzándome con los dos pies por el aire.

El impacto fue terrible y el fulano, alcanzado en la barbilla, soltó

a Talbot y cayó fulminado.

Talbot, agotado por la lucha y los golpes recibidos, había caído de rodillas. Y Patty había acudido en su ayuda.

El marido de Patty pudo decir aún, antes de desmayarse:

—La señora Murray. No la podemos dejar en manos de estos indeseables.

Se había escuchado un grito femenino en demanda de auxilio.

Después de lo sucedido no podía fiarme de nada ni de nadie y desenfundé mi pistola.

Patty hizo lo propio, aunque se mantuvo junto a Talbot.

Y yo, por si acaso, recogí el revólver que había dejado caer Silk.

En el interior del hospital se volvían a reproducir los ruidos de personas que corrían.

—Cuide de que no cierren esa puerta —dije a Patty.

—Puede ir tranquilo.

Sin embargo, no tuve que ir lejos. Corriendo, con la ropa destrozada, llegaba hasta mí una hermosa y joven mujer.

Intuí que se trataba de la esposa de Mark Murray.

Ella había logrado derribar a uno de sus perseguidores y yo encañoné al otro para hacerle ver que se debía estar quieto.

—¡No estoy loca! Me tienen secuestrada...

—Lo supongo. No se preocupe. Pero no estorbe mis movimientos, por favor.

Se había aferrado a mí, pero comprendió el peligro y me soltó, escudándose entonces con mi cuerpo.

El fulano que la perseguía sonrió como podría hacerlo un niño al que se le golpea en la mano para que no alcance el pastel.

Y dijo:

—Es lo que dicen todos los locos. Que no lo están. Es la mejor prueba de que sí lo están.

—¿Está usted loco? —le pregunté yo al individuo.

—¡Claro que no! —se apresuró a decir.

Comprendió inmediatamente que me había burlado de él. Y le dije por mi parte:

—Ésa es la prueba de que lo está. Ha negado su locura.

Le pregunté a continuación:

—¿Es usted un pistolero?

—¡Me está insultando! —exclamó.

Estaba furioso y trataba de encontrar un hueco para saltar contra mí. Pero la boca de fuego del arma que yo empuñaba le seguía de manera implacable, sin darle opción a nada.

—¿Lo ve? Ha negado que es un pistolero. Señal de que lo es — volví a burlarme.

Hice retroceder a la que suponía esposa de Murray, a la cual dije:

—Reúnase con Talbot y su esposa. Afuera nos aguardan dos coches.

—Tendré que salir así —lamentó la hermosa mujer, refiriéndose a su semidesnudez.

—No se preocupe. La gente comprenderá.

Salió ella. Talbot se había recobrado y, siguiendo instrucciones de su esposa, despojó a la grandona de la enfermera de su bata blanca y se la tendió a la señora Murray, diciéndole:

—Puede cubrirse con eso. La maldad no se pega.

Habíamos logrado dominar la situación. Y Talbot, que se había armado, cerró la puerta de comunicación tras rebasarla yo, y no sin antes decir a los que habían perseguido a la señora Murray:

—No os mezcléis en esto y dejadnos hacer; os va la piel en ello.

Hube de repartir algunos golpes más para volver a dormir a algunos de los que despertaban ya. Quería evitar tener que matar a nadie.

Talbot se dirigió al portero, ordenándole:

—Abre. Y sin rechistar.

—El doctor...

—No queremos hacer daño, no somos unos asesinos. Así es que obedece. Y lárgate cuanto antes de este lugar o te verás envuelto en un lío gordo.

Parece que las palabras de Talbot impresionaron al hombre, porque abrió primero una puerta y luego otra, sin emplear subterfugios, sin buscar tontas dilaciones.

Una vez todos en la calle, ordené:

—¡Pronto! Todos al coche de Connie. Y vamos a su apartamento, Patty. Yo me encargaré de saber si nos siguen. Y de frenar a quien tenga el atrevimiento a oponérsenos.

Connie, que se hallaba de pie junto a su automóvil, apenas nos vio salir se puso al volante y dio marcha al motor.

Yo me mantuve fuera de mi coche hasta que vi que todos embarcaban sin novedad en el de mi pelirroja.

Sólo entonces me situé tras el volante y di a la llave de contacto.

El coche de Connie fue puesto en marcha. Aguardé a que se alejara unas yardas e hice lo propio con el mío.

Ignoraba lo que estaría sucediendo en el interior de la clínica; pero estaba claro que por el momento no se nos perseguía. Nadie asomó siquiera para ver la dirección que tomábamos.

Cerca ya del edificio en donde Patty Talbot tenía su apartamento, les adelanté. Y detuve mi coche a la puerta del mismo.

Me dirigí a Connie y a Patty, que eran las que estaban en condiciones de comprenderme.

—Suban todos y aguarden. Yo voy a llevar los coches a cierta distancia de aquí. Siempre será más difícil que nos localicen.

Me entregó Connie las llaves de su coche. Y tanto ella como Patty y los recién liberados penetraron en el edificio y se dirigieron al apartamento que debía servirnos de refugio.

CAPÍTULO X

Cuando estuve de regreso en el apartamento de Patty, ya Charles Talbot se había repuesto, aunque ofrecía bastantes señales de la violencia de que había sido objeto.

En cuanto a Betsy Murray, se había aseado y vestía un sencillo traje de la inquilina del apartamento.

La esposa de mi jefe me miró como si se sintiese avergonzada:

—No tiene nada de qué avergonzarse —me apresuré a decirle.

Me presentaron a ella y me fue presentada, aunque yo no ignoraba ya quién era.

—¿Así pues, está usted a las órdenes de mi marido? —preguntó ella.

—No exactamente. Mark Murray es el jefe administrativo; pero no tiene nada que ver con la investigación.

—Menos mal —dijo Betsy Murray con expresión de alivio.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Mark es capaz de vender a su padre si lo tuviese.

La hermosa mujer reflejaba en su expresión pena, desprecio, asco.

Hice un gesto de comprensión y traté de darle ánimo. Y proseguí diciendo:

—Usted le debe conocer mejor que yo. Aunque también por mi parte va quedando desenmascarado. ¿Qué opinión le merece Alice Clarks, la secretaria de su esposo?

—Es tan hermosa como despreciable. Y no piense que lo digo por despecho. También la creo capaz de vender a quien sea con tal de vivir a su aire.

—Estamos de acuerdo. Observo que su salud es equilibrada, y me refiero concretamente a la mental. Sí, a pesar de que la han

tenido encerrada. ¿Por qué?

Reflexionó Betsy, que dijo a continuación:

—Para mí ha sido una dura prueba, particularmente porque no debía dejarme llevar de la desesperación, del desánimo ni de la ira. Bebía demostrar que mi encierro en la clínica era un crimen... Y fui capaz de sobreponerme a todo...

—Una gran victoria por su parte —dije animándola a que prosiguiese.

—Cometí una gran tontería cuando le firmé plenos poderes...

—¿No llegó a tiempo de volverse atrás?

—No. Se dio cuenta de que me había caído la venda, y tramó todo con ese granuja de Silk.

—¿No hubo más motivo que el de los poderes...?

Betsy Murray guardó silencio y me miró fijamente. La animé diciendo:

—Confíe en mí. Sé que su esposo ha empleado una gran parte de su fortuna en la empresa para la cual trabajo...

—Lo sé. Como inversión ha sido buena. Pero, aunque con mi dinero, la ha hecho él. Está a su nombre.

—Eso no debe preocuparla. Desenredaremos la madeja.

—A él, en la actualidad, pienso que no le preocuparía gran cosa que le retirase los poderes, aunque no pudiese disponer del resto de mi capital.

—¿Por qué cree eso?

Se resistía a responder. Me dio la sensación de que tenía miedo a hablar. Y la animé, diciendo:

—No tenga miedo. Comprenderá que cuando estoy arriesgando tanto, es porque sé bastantes cosas y presiento algunas más.

Dijo al fin, lentamente:

—Temo que está metido en asuntos sucios.

—¿Cómo qué?

—Venta de armas, espionaje...

—¿Y él se dio cuenta de que usted sospechaba?

Afirmó con el gesto y dijo:

—Sí. Y ese motivo es más importante aún para mantenerme en la clínica del doctor Silk. Charles Talbot, que había permanecido silencioso, escuchando, intervino para decir: —Estaban dispuestos a matarla. Me opuse a que se le inyectasen ciertas sustancias y con

ello firmé también mi sentencia. Por eso no me dejaban salir últimamente.

—¿Y por qué no los ejecutaron?

—Según pude entrever estaban aguardando a que se calmara la polvareda que ha levantado cierto secuestro... Ha sido cosa de horas, según he podido captar.

—¿Le ha dicho su esposa que ya no tienen pruebas contra usted?

—Sí, me lo ha dicho. Y que se lo debo a usted.

Tras una pausa prosiguió diciendo Talbot:

—Esas pruebas eran falsas. He cometido errores, pero no crímenes; aunque últimamente las presiones sobre mí eran terribles.

—Lo comprendo. ¿Qué sabe usted del tema espionaje?

—Nada. Presumo que ni siquiera lo sabe Silk. Lo nuestro era custodiar personas como la señora Murray.

—¿Tiene idea de si Silk maneja con frecuencia el suero de la verdad? —pregunté.

—Pienso que sí. Eso y otras drogas que hacen hablar a la gente, que les suelta la lengua.

—Me parece que Silk se la va a ganar —dije yo.

—Por mucho que le den en las costillas, siempre será poco.

Seguimos conversando, pero ni la señora Murray ni Talbot me podían dar más datos que me pudiesen ayudar en mi trabajo de localización del lugar en donde podían tener secuestrado a mi compañero Lionel Morton.

Aunque pensé que en el peor de los casos volvería sobre Silk; o tal vez sobre el mismo abogado Bresson, puesto que tenía la evidencia de que él estaba metido en el sucio asunto.

Consulté mi reloj. Era hora de llamar a Julius Harper. Tal vez él me podría ayudar con los datos que hubiese podido lograr.

El salía poco. Así es que no falló. Cuando me di a conocer oí que lanzaba una exclamación de asombro.

Luego me dijo:

—¿Es que te has vuelto loco?

—Creo que no. Al menos el doctor Silk no me notó nada extraño.

—¡Buena la has armado! Te has llevado de la clínica, a la fuerza, a una enferma...

—Y a un enfermero, ¿no te lo han dicho?

—No. Me han dicho que ese loco te ayudó. Porque ese enfermero estaba bajo tratamiento.

—¿No crees que lo arreglan todo muy bonito? Pues que se apriete Silk bien las zapatillas, porque va a tener que correr...

—Lo he supuesto. Pero ya sabes cómo están las cosas oficialmente. La policía te busca y no solamente por eso.

—¡Vaya! Hay más. Por ejemplo, ¿robo de un automóvil?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Verás. A los locos se les conoce porque dicen que no están locos. A los ladrones, porque dicen que no roban. Si yo digo que he robado, es que no he robado.

Harper se echó a reír pese a la gravedad de la situación. Era un hombre con gran sentido del humor y que sabía captar el humor de los demás.

—¿Qué más hay? —pregunté, presintiendo que mis enemigos no se habían quedado en lo que Harper comunicaba.

—Se te achaca el asesinato de cuatro individuos...

—Ahogados en el North River... —completé yo.

Su respuesta me llenó de asombro. Porque dijo:

—No. Ahí has fallado. Les golpeaste a lo bestia...

Silbé admirado. Y dije:

—¿Quieres decir que les han dado duro?

—Sí, muy duro...

—Claro. Así se quitan de encima a unos fracasados. Y tienen un motivo para perseguirme. Menos mal que tengo testigos de que les dejó vivos.

—De momento dudo que te sirvan de gran cosa. Bresson está muy bien relacionado y se ha lanzado contra ti.

—Bresson no tiene salvación ni aunque se ate bien las zapatillas. Está demasiado pesado —dije, en tono de humor.

Harper cambió de tono para proseguir diciendo:

—Bien. Ellos saben que no te podrán inculpar en serio. Pero de momento evitan que puedas moverte libremente. Quieren ganar tiempo.

—Lo suponía.

—Bresson ha esquivado al teniente Rogers y ha recurrido al capitán Taylor, el cual aborrece a los policías aficionados. Si no tienes cuidado, la policía te puede liquidar. Buscan a un hombre

peligroso que, además, va armado y dispuesto a matar.

—Eso está muy gastado ya.

—Pero a veces les resulta.

—¿Hay más novedades? —pregunté.

—Una desconcertante. No hace mucho han secuestrado a Mark Murray y a una estupenda rubia que tiene como secretaria. Sí, la misma que iba con Morton cuando secuestraron a éste. En aquella ocasión la rubia tuvo suerte y se pudo poner a salvo...

Reí divertido. Y Harper experimentó claro desconcierto.

—Para ella es más seguro que la hayan «secuestrado» —dije yo—. Y para Murray también. ¿Han pedido ya rescate?

—Es muy pronto aún. No ha habido tiempo...

—Lo pedirán, aunque no sea más que para ganar tiempo. ¿Alguna implicación más de Bresson? Me importa bastante más que Silk.

—Hasta ahora nada que te pueda servir gran cosa. Aunque nunca se sabe...

—Desembucha, Harper... —pedí.

—Verás. Bresson es uno de los principales accionistas de una empresa de pompas fúnebres que, además, posee un cementerio. Al frente del negocio está un tal Mike Crawford.

—Y es en esa empresa en donde trabajaba uno de los «angelitos» que intentaron secuestrarme y que está detenido.

—¡Es cierto!

—En cuanto al auto supuestamente robado y que descansa en el fondo del North River, pertenece asimismo a esa empresa —dije.

—Pues sí. Y no es coincidencia, claro.

—No es coincidencia...

—¿Algo más? —preguntó.

—Nada más de momento. Habla con el teniente Rogers y dile lo que hay. Parará en parte a la gente. Dile que se huele su ascenso.

Harper volvió a reír después de oírme. Y al fin cortamos la comunicación.

Tanto los Talbot como la señora Murray y Connie habían permanecido silenciosos, pendientes de mi conversación con Harper.

Y yo me dirigí a Betsy Murray, para decirle:

—Su esposo se ha secuestrado a sí mismo. Y se ha llevado a la

rubia con él.

—Eso quiere decir que ha acusado el golpe de que usted me haya libertado.

—Exactamente.

Betsy Murray me dio la impresión de que quería ayudar, de que tenía valor para ello.

Y dijo:

—Voy a cortarle las alas a mi marido. Saldré y le denunciaré ante el fiscal del distrito.

—Demasiado riesgo.

—Sé que es un riesgo, pero... Usted está arriesgando más.

—Yo tengo capacidad de lucha y temo que usted no la tiene. Apenas se deje usted ver, la asesinarán. Y es demasiado valiosa para que le deje correr tal riesgo —dijo.

Connie y los Talbot me apoyaron.

—Usted se quedará aquí con los Talbot, puesto que el enemigo no conoce este escondite —dijo.

—Yo iré contigo —dijo Connie, situándose a mi lado. No podía negarme a aceptar su compañía. Aparte de que podía serme útil, era una buena luchadora.

CAPÍTULO XI

Connie me leyó la noticia aparecida en la edición vespertina del periódico en donde ella trabajaba.

Yo, Jerry Hayden, había sido atropellado y, en grave estado, había sido conducido a un hospital.

Sonreímos con expresión de complicidad. Aquello era una trampa, pero ya saben, en la guerra y el amor, todo está admitido. Y aquello en que estábamos empeñados era una especie de guerra particular, pero guerra al fin.

Y lo cierto era que yo estaba en el hospital; y figuraba ya como muerto, aguardando a que una empresa de pompas fúnebres se encargase de mí para llevarme al cementerio. Cementerio que previamente había sido escogido por Connie, de acuerdo conmigo.

Ella, una vez todo arreglado, llamó a la empresa de pompas fúnebres El Último Refugio, para que se hiciesen cargo de mi cuerpo y le diesen sepultura.

Precisamente El Último Refugio era la empresa al frente de la cual se hallaba Mike Crawford, antiguo *gángster* y político. Empresa de la cual era el abogado Chester Bresson uno de los principales accionistas.

Sí, yo no ignoraba que era peligroso ponerse en manos de aquellos indeseables, incluso como cadáver.

Pero había que penetrar en sus instalaciones y aquélla podía ser una fórmula, no por arriesgada, tan buena como otra cualquiera.

Antes de que llegasen los empleados de la funeraria, Connie me dejó un espejo para que yo pudiese verme en él.

Y hube de admitir que resultaba un cadáver bastante convincente.

Llegó el momento en que llevaron al hospital el ataúd, en el cual

me instalaron con la aseada de Connie y dos enfermeros del hospital.

Connie preguntó:

—¿Cuándo lo van a llevar al cementerio?

—Cuando ustedes lo deseen. Aunque no se le dará sepultura hasta mañana por la mañana, después de llenar ciertos trámites. Hoy no queda tiempo ya.

—Pues tal vez sea mejor que se lo lleven ya y lo dejen allí en el depósito. Porque supongo que tendrán depósito.

—Sí, claro, lo hay. Esto sucede todos los días.

—Yo me encargaré de realizar esos trámites. Y estaré mañana a las nueve en el cementerio, para proceder a su entierro.

—Si quiere, la propia empresa se encarga de realizar los trámites pertinentes.

—Gracias. Pero me servirá de alivio realizarlos personalmente. Además, tendré la ayuda de un familiar.

—¿Era su esposo?

—Solamente mi prometido. Pero queríamos casarnos el próximo mes.

—No han tenido suerte —fue el último comentario del empleado de la funeraria.

Siguió, siempre bajo la dirección de Connie, el cierre del ataúd y su posterior traslado a la furgoneta.

El paseo del hospital al cementerio no resultó agradable. Temí asfixiarme dentro de féretro. Y pasé un calor terrible a pesar de que el tiempo era más bien fresco, sin llegar a hacer frío.

Connie debía seguir mi traslado en su automóvil, detrás de la furgoneta.

Cuando me descargaron en el depósito una vez en el cementerio, fui instalado sobre una mesa.

Y Connie se encargó de destapar el ataúd.

Afortunadamente, allí había poca luz, aunque no era aún de noche. Porque de haber buena luz, habrían notado que yo, «el cadáver», había sudado.

Mi hábil pelirroja, que estaba en todo, una vez instalado y destapado el ataúd, dejó un arma automática, colocada en una funda, en el féretro, al alcance de mi diestra. Un arma desmontable.

Y eso que, además, llevaba una pistola en una funda sobaquera.

Tuve que hacer un esfuerzo para no reírme cuando Connie, tras un suspiro capaz de romper una de aquellas frías mesas de mármol, dijo:

—¡Quién lo hubiera dicho! Tan fuerte... Siempre pensé que si le atropellaba un camión, habría sido precisamente el camión el que hubiese quedado destrozado.

Aquella chica era algo insólito, una auténtica fuera de serie. Y no lo digo ahora por su físico que, en la intimidad particularmente, resultaba impresionante.

Uno de los empleados se dirigió a ella respetuosamente, diciendo:

—Por favor, señorita, Tenemos que cerrar. Hoy no traeremos ya a nadie más...

—¿Y va a quedar solo toda la noche? —preguntó Connie.

—No se dará cuenta. Ni los otros tampoco —dijo el empleado.

Lo más divertido del caso era que lo decía seriamente, sin intentar hacer gracia alguna.

Y al fin se inició el desfile. La verdad era que deseaba quedarme solo, entre otras cosas, para respirar a mi gusto y salir a dar un paseo. Porque la obligada posición comenzaba a resultar incómoda a pesar de que el ataúd en que me hallaba estaba acolchado por dentro. De lo más cómodo para un muerto de verdad.

La primera en salir fue mi pelirroja. Luego, uno tras otro, los empleados, el último de los cuales cerró con llave.

No quería que nos pudiésemos escapar para ir a echar una cana al aire por ahí. Algo que no está bien visto cuando se refiere a los muertos.

Oí el ruido de pasos. Se alejaban tanto Connie como los hombres.

Y dejé transcurrir algún tiempo por si acaso, antes de sentarme en el ataúd.

Menuda sorpresa si alguien hubiese entrado de improviso y me hubiese visto allí, sentado, haciendo una revisión del local con la escasa ayuda que me prestaba una luz mortecina, procedente de una bombilla que pendía del techo y se balanceaba ligeramente en el aire.

Estábamos ya en el crepúsculo. Y no tardó en hacerse totalmente de noche, según pude apreciar a través de las altas y pequeñas

ventanas que hacían las veces de respiraderos para ventilar el local.

No soy un fumador empedernido; pero me apetecía fumarme un cigarrillo antes de iniciar la acción.

Porque yo estaba convencido de que el cementerio aquel era el mejor escondite que tanto para el secuestrado como para el género, podía tener aquella «empresa» de traidores e indeseables.

Y precisamente por eso habíamos montado Connie y yo aquella comedia y estaba yo allí.

Claro, con la complicidad de dos médicos amigos.

Salté del ataúd. Y lo primero que hice fue montar el arma automática que Connie me había dejado. Seguidamente me aseguré de que mi pistola salía con facilidad de su funda.

Y a continuación tomé un cigarrillo, lo encendí y comencé a fumar mientras paseaba, tratando de poner orden en mis ideas y formalizar un plan de acción una vez conociera el lugar.

De lo primero que me aseguré fue de que el local en donde me hallaba no tenía más entrada ni salida que la normal, empleada por Connie y los empleados.

Si había otra estaba tan bien disimulada, que no fui capaz de dar con ella.

De pronto, cuando ya estaba a punto de terminar con mi cigarrillo, escuché voces. Alguien se acercaba, y era más de uno.

Apagué la colilla contra el suelo, la solté detrás de la puerta, aventé el aire tratando de esparcir al máximo el olor y el humo, y corrí a ocupar mi sitio en el ataúd.

Ya estaba otra vez «muerto», aunque con las armas más a mi alcance que en principio. Había llegado mi hora. Sí, la hora de los «muertos».

La llave había sido introducida en la cerradura.

Y recibí la impresión de que, quien la manejaba, no estaba habituado a aquella cerradura ni a aquella llave. Es decir, no se trataba de un empleado del cementerio.

La conversación había cesado. Y el hombre que abría empleó el tiempo, además de manejar la llave, en soltar un par de pintorescos tacos.

Y como si los «tacos» hubiesen servido de conjuro, chirrió la cerradura, pero quedó abierta.

Por mi parte procuró relajar los músculos, dispuesto para saltar.

No me hacía gracia aquella visita, a aquella hora, Particularmente cuando se debe tener en cuenta que yo había entrado en un reducto del enemigo.

Y que éste no podía ignorar, que mi «cadáver» estaba allí.

¡Y como hay quien lleva el odio hasta más allá de la tumba!

Al ser abierta la puerta entró una ráfaga de aire purificador. Un aire que llevó a mi sentido olfatorio un perfume que me era bien conocido.

¡Diablos! ¡Se trataba del perfume que habitualmente usaba mi rabia compañera de trabajo Alice Clarks!

Sí, la «secuestrada» Alice.

Estuve a punto de saltar ya, Pero fui capaz de frenarme y decidir que no convenía precipitar los acontecimientos.

En la posición en que me hallaba no podía saber quién era el acompañante de Alice; pero comencé a pensar que podía ser Mark Murray. Sí, el otro supuesto secuestrado.

Entornaron la puerta hasta casi cerrar.

Y se desplazaron hacia la mesa en que se hallaba el féretro que me servía de estuche.

¡Qué idea! ¡Allí estaba yo en un estuche! Sí, como si fuese una joya.

Oí la voz de Alice, diciendo:

—Una lástima de chico. Simpático, con atractivo, todo un hombre...

Suspiró con fuerza.

Siguió la voz de Murray:

—¿Por qué no te casaste con él si tanto te gustaba?

—Ése no es de los que se casan. Además, esos hombres no deben ser acaparados por una sola mujer. Hay que dejar que otras lo disfruten también.

Agradecí mentalmente aquellas ideas de Alice, palabra. Y decidí que sería considerado con ella.

—Lo dices porque no has sido capaz de capturarlo para ti sola — refutó Murray con evidente fastidio.

La rubia no se enfadó y respondió:

—Puede... Pero si algún día logras hablar con tu mujer y le preguntas, sabrás que está de acuerdo conmigo; si es sincera.

—Deja a mi mujer tranquila...

—No tengo nada contra ella. Quien tal vez no la haya dejado tranquila haya sido Jerry. Tiene las manos largas, ¿sabes? Y resulta convincente.

—Resultaba...

—Tienes razón. La suerte habrá sido Connie, la pelirroja, que no los habrá dejado solos. Aspiró hondo Alice. Prácticamente estaban ya a menos de una yarda de mi ataúd.

La rubia dijo:

—Es él, sin duda. Su olor, el olor de su tabaco...

Lo decía en tono nostálgico, que me conmovió.

—A lo mejor ha estado fumando aquí, y por eso percibes el olor de su tabaco. La verdad es que cuando queréis ponderar a uno... ¿Se puede saber qué diablos pinto yo para ti? —El bienestar económico. Y a falta de otro mejor, me gustas...

—Eres una perra...

—Sin insultar, amiguito. Además, eres tú quien me echó en brazos de Lionel. Claro, te convenía...

—Te dije que no le hicieras determinadas concesiones...

—¡No seas estúpido! Lo dijiste, pero ni siquiera tú lo podías creer. No pensarás que Lionel es tonto. Y yo le gustaba de verdad, ¿comprendes? Debí haber cambiado y quedarme con él...

Yo notaba que el aire se iba cargando de esa especie de electricidad que lanza a unos seres humanos en contra de otros. La rubia exasperaba a Murray. Éste, por si fuese poco, estaba bordeando el fracaso y él no lo ignoraba.

CAPÍTULO XII

La rubita se inclinó sobre mí, rozó con sus labios mi frente y suspiró luego, diciendo al final:

—¡Lástima de chico! Ya no volverá a llevarme a su apartamento...

Fue un verdadero milagro que no se diese cuenta de que mi frente no estaba todo lo fría que corresponde a un cadáver.

Pero la acción de la rubia colmó la medida. Y Murray, furioso, se inclinó sobre mí y me escupió en el rostro, denostando a continuación contra mi persona.

En su ira no se dio cuenta de que me había estremecido al recibir el salivazo.

Pero a la rubia no le pasó desapercibida la cosa y abrió mucho los ojos, reflejando asombro y miedo.

Murray la miró y pareció intuir algo. Y de improviso se hizo hacia atrás a la vez que intentaba llegar a su pistola.

Salté como un tigre, crucé del salto el espacio que nos separaba y golpeé a Murray con la cabeza.

Caímos de manera violenta y él golpeó con su testa contra el suelo, quedando medio aturdido.

Y yo terminé el «trabajo» aplicándole un furioso golpe que le inmovilizó totalmente.

La rubia, paralizada en principio, inició un movimiento para salir corriendo.

Yo, desde el suelo, alargué una de mis piernas y trabé con ella una de las suyas.

Había iniciado el grito y éste quedó cortado por mi acción.

La caída de Alice resultó aparatosa; y suerte fue para ella que logró amortiguarla poniendo las manos por delante, lo cual libró a

sus narices de un serio percalce.

Cuando, una vez en el suelo, quiso gritar de nuevo pidiendo ayuda, ya había saltado yo otra vez. Y le tapé la boca sin consideración alguna.

La dominé con facilidad y le dije en tono de advertencia:

—Cuidado, rubia. Voy a ser considerado contigo por lo bien que me has tratado, tanto de vivo como una vez muerto. Pero tendrás que colaborar.

Le di tiempo para que reflexionara; y al fin aflojé la presión que ejercía en su boca. Y dijo:

—De acuerdo.

—Te voy a soltar, pero ya sabes...

Y salió con una de las suyas, diciendo con graciosa picardía:

—Si no me quieres soltar, yo así, contigo, me encuentro muy a gusto.

—Gracias, rubia, habrá ocasión para todo; pero a ese cerdo no le voy a tener compasión. Y puede volver en sí.

La solté y me coloqué en cuclillas, dispuesto a actuar. Me había dado cuenta de que la puerta comenzaba a abrirse de nuevo en forma lenta.

Empuñé la pistola. Aunque debía tener cuidado, puesto que Connie podía aparecer de un momento a otro.

Y acertó. Era ella.

La pelirroja llevaba un arma automática tipo ametrallador.

—Adelante, sin cuidado —me apresuré a decir.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó a la vez que avanzaba.

Seguidamente explicó:

—Vi que entraban ellos dos y me puse en guardia, cerca de la puerta.

—¿No has visto a nadie más? —pregunté.

—No.

—Debes ser considerada con Alice. Ella va a colaborar...

Ante la mirada de asombro de Connie, dijo la rubia:

—Se va mejor al lado del ganador. Y está claro quién gana aquí...

Alice era así de consciente. Tan consciente que rayaba en la inconsciencia. Y conste que no trato de hacer un juego de palabras.

Decir a Connie que debía cuidar de Alice era humillar a la rubia

sin necesidad.

Las dejó observándose mutuamente y yo me ocupé de inutilizar a Mark Murray atándole con las manos a la espalda.

Una vez asegurado en tal sentido, dije a Alice:

—Lionel está en este mismo cementerio, ¿verdad?

—Sí. Parece que lo consideraron el lugar más apropiado. Pero tened cuidado. Su vida, ahora, corre peligro.

—¿Por qué ahora?

—Tienen la impresión de que han perdido la partida. Malo si vivías tú, porque los destrozarías. Peor si morías, porque se quedaban sin una parte importante del invento. —Eso ha sido un juego. Lionel lo conoce bien todo, lo domina todo. Lo suyo y lo mío. Soy yo quien no conoce lo de él. No tengo su preparación ni su talento.

—Pero tú dijiste...

—Había que entretener a estos indeseables. Con los planos que lograron fotografiar, y Lionel en su poder, tenían todo en sus manos.

Connie me miró asombrada. En cuanto a la rubia Alice, rió escandalosamente, mientras Murray me insultaba con las más soeces expresiones.

Yo me limité a devolverle el salivazo y a llamarle escarabajo.

—¿En dónde tienen a Morton?

—En el panteón de la familia Bresson. Allí tienen montado una especie de laboratorio de análisis y fotografía... Te va a asombrar.

—Seguro que me asombrará.

—Tienen, hasta un par de técnicos contratados... Creo que les pagan bien.

—¿Cómo podremos llegar hasta Morton y libertarlo?

—No va a ser fácil. Desconfían de todos. Y Bresson está furioso, contra ti y contra el propio Murray.

—¿No le ha alegrado mi muerte?

—Ni mucho menos. Te consideran necesario...

—¿Está Bresson ahí? —pregunté.

—Pía llegado hace media hora.

Connie confirmó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Supongamos que nosotros no estamos aquí y que tú y Murray queréis regresar abajo. ¿Cómo lo haríais?

—Mostraríamos unas contraseñas al vigilante, éste telefonaría y es de abajo de donde tienen que abrir.

—Tú tienes una contraseña y yo tomaré la de Murray. Ocuparé su puesto. ¿Nos abrirán?

—Si el vigilante no sospecha, puede que sí. Tal vez no le guste el cambio de individuo. A Mark le conoce bien...

—Vamos a intentarlo —dije yo con decisión.

Di instrucciones a Connie para que se pusiese en contacto con el teniente Rogers, con el cual nos habíamos puesto de acuerdo y debería estar esperando una llamada nuestra.

Lo primero que se le debía pedir era que no hubiesen luces que denunciaran la presencia de la policía y, menos aún, sirenas.

—Se tuvo en cuenta ya —dijo Connie.

La pelirroja partió. No parecía muy tranquila al tener que dejarme con la rubia. Y menos mal que con nosotros quedaba Murray. Pero conocía a la rubia y no se fiaba.

Así es que tardó muy poco en regresar, diciendo:

—Ya están en camino. Que aguardemos unos veinte minutos...

Miró su reloj y dijo:

—Cuando sea el momento, saldré a su encuentro.

Sonreí. Lo dicho, no confiaba en la rubia. Y parece que tampoco en mí. Hacía mal, porque si algún día Alice y yo decidíamos vernos en un apartamento u otro, nos veríamos... Sí, es la vida.

Pero dejemos eso ahora.

Llegó el momento en que Connie salió a reunirse con el teniente Rogers y los hombres que llegasen con él.

Y fue el propio Rogers quien se hizo cargo de Mark Murray.

Luego, Alice y yo nos adelantamos hasta el lugar en donde se hallaba el hombre que vigilaba la entrada al panteón de los Bresson.

No sospechó al ver a Alice, a la cual conocía.

La rubia iba delante de mí ondulando el cuerpo con aquella gracia peculiar que sabía poner para encandilar a los individuos del sexo fuerte.

—¿Quiere decir que abran? —pidió la rubia.

—Enseguida —dijo el hombre obsequiosamente.

Ella mostró su contraseña y yo hice lo propio con la mía, aunque escudándome en la rubia y procurando que no me viese el rostro.

Llamó el vigilante por teléfono anunciando nuestro deseo de

bajar. Y nos comunicó a continuación:

—Ya abren.

En aquel momento se dio cuenta de la suplantación.

Y quiso desenfundar un arma para quitarme de en medio.

Conocí su intención a tiempo y hube de lanzarme a lo bestia, apartando a la rubia con una mano y golpeando con la otra.

Le cacé con un golpe cruzado a la barbilla y se estremeció como si hubiese sufrido una descarga eléctrica, puso los ojos en blanco y se desplomó.

Hice una señal para que Rogers y dos hombres especializados avanzasen con él.

La rubia tuvo valor —cuando se abrió la puerta— para ser la primera en dar la cara.

Pero enseguida se arrojó al suelo, dejándonos paso a los que llegábamos detrás de ella y que atacamos en tromba.

Atravesé la diestra de Bresson de un balazo, me libré de dos pandilleros que estaban allí de guardianes y derribé de un golpe a otro individuo, que resultó ser Mike Crawford.

Por su parte, Rogers y sus hombres daban también lo suyo, sin regateos, logrando dominar prontamente la situación.

Lionel Morton no terminaba de creer lo que veía. Se abrazó a mí como un niño.

—Se desplomó todo sobre mí cuando llegó la noticia de tu muerte... Era en ti en quien confiaba. En el único.

—No he sido el único. Mi pelirroja ha puesto lo suyo. Y Alice...

—No me hables de esa traidora...

—Tranquilo. Se pasó a tiempo al bando de los vencedores y gracias a ella sales vivo de aquí. Hay que ayudarla y no sólo con cariño —dije en tono de broma, guiñando un ojo.

Intervino Rogers, diciendo en tonillo frívolo:

—Y si usted no la quiere, me la quedo para mí...

Reímos los tres de manera sincera. Lo malo había pasado.

Luego, con nuestras declaraciones, la habilidad de Alice y un buen abogado, más sincero y mejor que Bresson, la rubia saldría libre.

Aunque, eso sí, la situaríamos lejos de todo lugar en donde pudiese pasarse al bando de cualquier presunto vencedor.

La gran ganadora, después de todo lo que había sufrido, fue

Betsy Murray, la cual recobró su libertad, mediante el divorcio; y toda su fortuna, incluida la inversión hecha por Murray en la sociedad para la que trabajábamos Lionel y yo.

Connie triunfó como periodista gracias al papel que había jugado en el asunto.

Nos veíamos con frecuencia; y nos amábamos con frecuencia también. Y aparte su físico impresionante y su apasionado temperamento, tenía algo muy bueno: No quería casarse. Tal como suena: Decía que el matrimonio y la costumbre eran los peores enemigos del amor. Y que no deseaba perderme.

¿Hay quién las entienda?

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie (San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias, España, 1911 - Valencia, España 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monterroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano, lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.